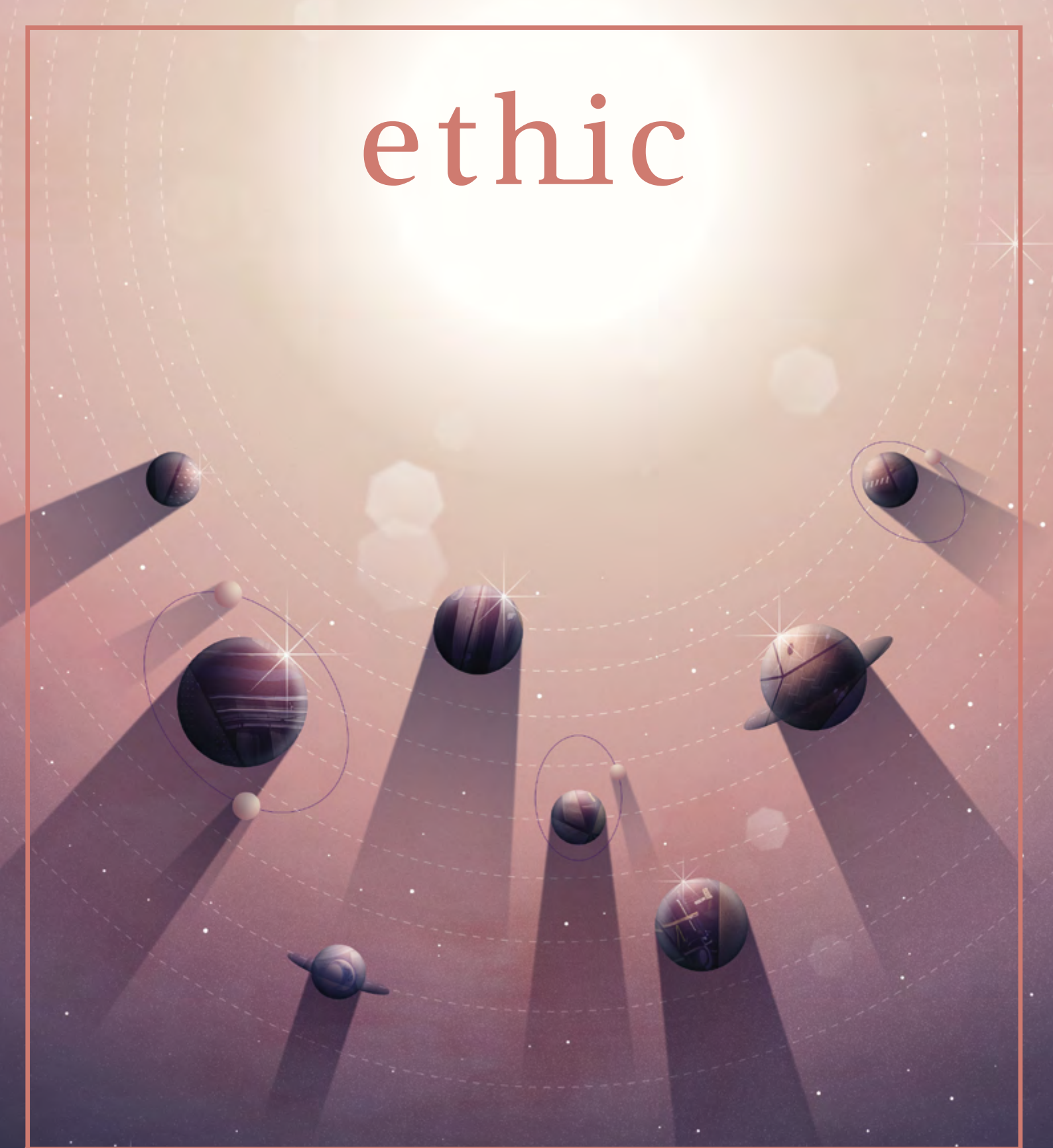


ethic



LA VANGUARDIA DE LA SOSTENIBILIDAD

ethic.es

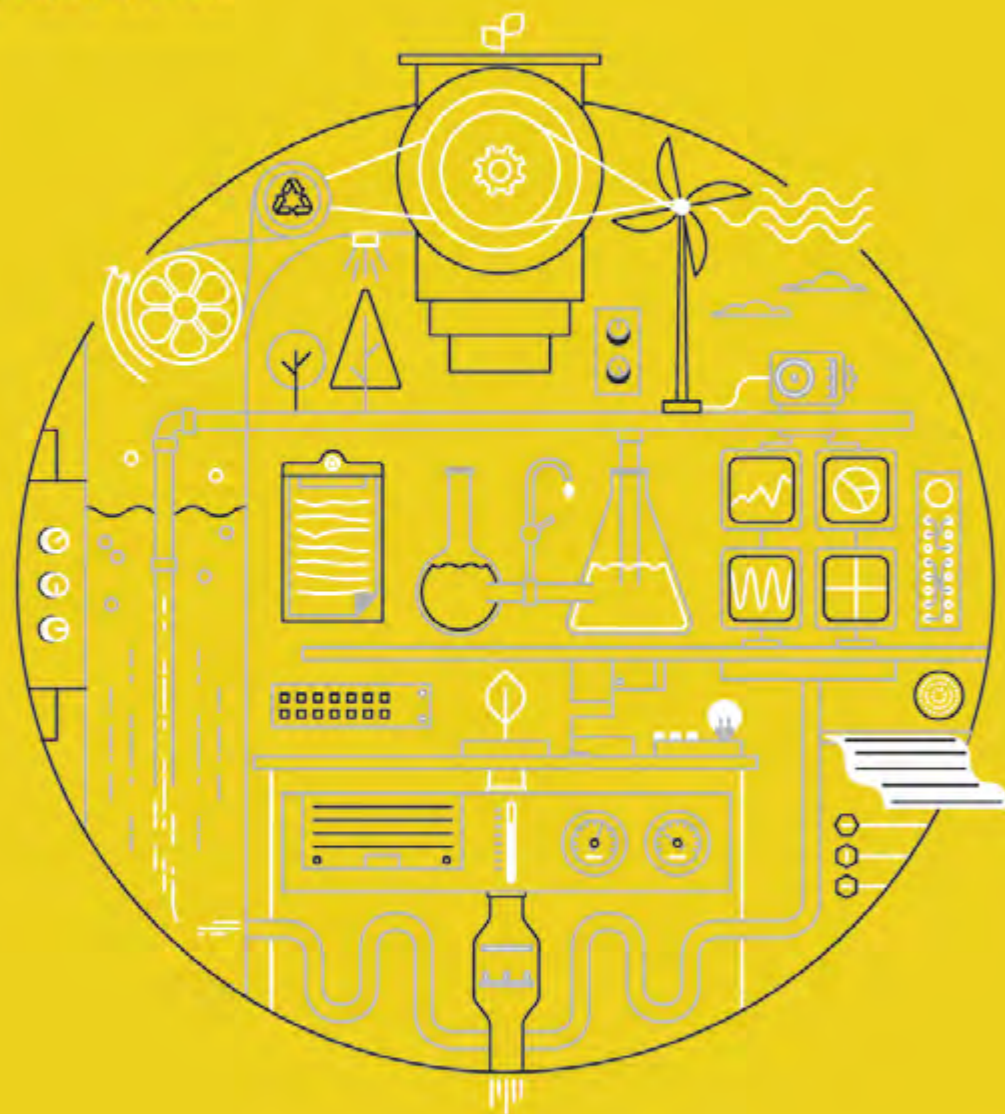
44

Reportaje Las tendencias que harán rotar el mundo en 2020
Siglo XXI Amenazas a la prosperidad global
Desigualdad Una mañana con Thomas Piketty
Entrevistas Tim Robbins • Amelia Valcárcel • Belén Barreiro



Diseña el cambio con ethiclab

la agencia creativa
de la revista Ethic.



Te ayudamos a desarrollar y comunicar
tus políticas de sostenibilidad.

EDITORIAL DIGITAL EVENTOS VIDEOS ADVISORY

agencia@ethic.es

«El DOLOR
verdadero *no hace*
RUIDO: deja un
susurro como el de
las hojas»

*

Claudio Rodríguez

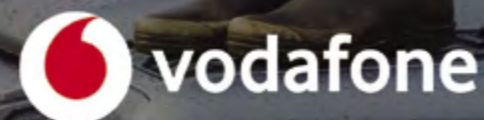


Construimos el futuro en el que creemos

En Vodafone contribuimos con nuestros productos y servicios digitales al crecimiento sostenible.

- Potenciamos las capacidades de personas y favorecemos la diversidad e igualdad de oportunidades.
- Minimizamos los impactos de nuestra actividad en el medio ambiente y ayudamos a otras organizaciones a reducir sus impactos.
- Contribuimos al cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU.

vodafone.es/sostenibilidad



El futuro es apasionante.

Ready?

editorial_



Vacaciones en los PLÁSTICOS DEL MAR

Después de un año de dura batalla editorial, y con la satisfacción (y la resaca) de haberlo dado todo en ese *ring* informativo en torno a los grandes retos sociales y medioambientales de nuestra época que es *Ethic*, hicimos las maletas para pasar las vacaciones de Navidad en Camboya. Tras veintitantas horas de aviones y aeropuertos (¡ay, Greta, *miserere nobis!*), atiborrados de comida muy poco sana (lo que decía: ¡*miserere nobis!*), de buenas películas en pantallas de 9 pulgadas –desde *Blow up* a *Rocky*, *Dolor y gloria* o la perturbadora *The favourite*– y después de haberme zampado lo que me quedaba de una novela de Javier Cercas, llegamos a Phnom Penh, la capital de un reino feudal donde la pobreza ruge como un animal herido. A través de una *app* rollo Uber, pedimos un *tuk tuk* para ir hasta el hotel: vivimos en un mundo tan-tan global que la tecnología llega a algunos sitios antes que el pan. «Mamá, aquí está todo roto», decía, exhausta, nuestra hija Bruna, que tiene cuatro años, mientras miraba a su alrededor. «¡Guau, papá, van cinco en una moto y ninguno lleva casco!», exclamaba emocionada Lea, la mayor, que ya ha cumplido siete. Mientras, la estampa de esa familia camboyana se difuminaba, envuelta en una sonrisa, entre el bullicio y el polvo, avanzando hacia un futuro incierto a lomos de una imposible y destartada motocicleta.

De fondo, siempre, el más cruento pasado: entre 1975 y 1979, durante la dictadura de inspiración maoísta de Pol Pot, los jemeres rojos asesinaron a dos millones de personas de una población que no llegaba a ocho. ¿Sabíais que el delirante señor Pot –conocido como el Hermano Número Uno– descubrió lo que era el marxismo en París, donde tuvo el privilegio de estudiar en los años 20? Durante su escabechina fanática, los jemeres rojos también destruyeron importantes templos, símbolos del esplendor cultural del Imperio de Angkor. Allí, en ese suelo sagrado, nuestras hijas se arrodillaron y rezaron junto a un monje budista. Mi despiste existencial es tan mayúsculo que hasta entonces no había realmente interiorizado que la oración, incluso para un agnóstico, es un lenguaje de esperanza universal.

Mientras navegábamos por el golfo de Tailandia, pescamos barracudas al atardecer –sobre todo mi mujer, Sandra, cuya destreza es siempre muy superior a la mía– y vimos paisajes de una belleza desbordante que han quedado impresos en mi memoria. También nos cruzamos con *ugly people*, como dijo el capitán de nuestra embarcación. Cuando, antes del almuerzo, paramos para hacer algo de buceo, junto a nosotros fondeó un barco con *gangs* y maleantes de esa mafia china que domina los casinos de Sihanoukville. «Mejor buceamos mañana», le dijimos al patrón cuando vimos que dos de ellos, bastante tajados, trataban de subir a nuestro barco. «Eran piratas malos», sentenció la pequeña Bruna con una serenidad pasmosa. Los últimos días los pasamos en la isla de Koh Rong, un paraíso herido por el progreso: cientos de kilos de residuos inundan cada día sus aguas y ensombrecen sus playas paradisíacas. Como canta Sr. Chinarro: «Ay, señoras y señores, ¿qué esperaban encontrar? Vacaciones en los plásticos del mar».

Ya de vuelta a España, con las pilas cargadas después de una gran desconexión, nos tropezamos con lo de siempre: un hemicycle vociferante y crispado, víctima de la ansiedad, el frentismo, las eternas rencillas, los rastros cálculos electorales y las pulsiones populistas. «Yo te doy lo único/ que puedo darte ahora: si no amor/ sí reconciliación», dejó escrito Claudio Rodríguez. Nosotros, desde este laboratorio de conocimiento para el cambio que es *Ethic*, seguiremos trabajando duro para construir un espacio de reflexión y resistencia para el pensamiento libre, un refugio editorial donde la palabra *progreso* recobre acaso su significado. Es un placer, ya lo sabes, andar contigo este camino, querido lector. —

Pablo Blázquez



pablo@ethic.es

Director

Pablo Blázquez

Socia fundadora

Sandra Gallego Salvá

Coordinación Editorial

María Galdo

Redacción

Guadalupe Bécares,
Jara Atienza, Raquel Nogueira,
Miguel Ángel García Vega, Luis Meyer
y Laura Zamarriego

Dirección de arte e ilustración

Carla Lucena

Marketing y publicidad

Ignacio Cayetano, Marta Barroso

Fotografía

Noemí del Val, Gregorio González,
Manuel Braun, J.J. Redington

Han colaborado y participado en este número

Tim Robbins, Amelia Valcárcel,
Belén Barreiro, Thomas Piketty,
Fernando Savater, Emilio Ontiveros,
Oscar Martín, Antoni Gutiérrez-Rubí,
José Antonio Marina, Elena Valderrábano,
Teresa Ribera, Inger Enkvist,
Joaquín Ortega, Carmen Alcaraz
y Alberto Alfonso

Edita

Corrientes Circulares SL
Calle Iturbe 27 | 28028 Madrid

Ethic se imprime en el centro especial de
empleo Afanías (Asociación Pro Personas
Con Discapacidad Intelectual).



Déposito legal M-17966-2019

Consejo Editorial

Emilio Ontiveros
Profesor, economista
y presidente de AFI

Jordi Sevilla
Presidente de Red Eléctrica
de España

Victoria Camps
Consejera permanente del
Consejo de Estado

José Antonio Marina
Filósofo, escritor
y pedagogo

Cristina Monge
Política y asesora
ejecutiva de Ecodes

Adela Cortina
Filósofa y catedrática
de Ética

Eduardo Madina
Director de Kreab
Research Unit

Alberto Andreu
Profesor asociado en la
Universidad de Navarra

Elena Pisonero
Presidenta ejecutiva
de Taldig y fundadora
de Relathia

José Ignacio Torreblanca
Politólogo y director de
ECFR Madrid

Elena Herrero-Beaumont
Investigadora en ética
y transparencia

Fernando Savater
Filósofo y escritor

Contacto

info@ethic.es

o búscanos en:

[facebook EthicMagazine](https://www.facebook.com/EthicMagazine)

[Twitter @Ethic_](https://twitter.com/Ethic_)

Portada

Título: Los Planetas

© Carla Lucena

Técnica: Ilustración vectorial

Gane quien gane,
ganamos todos.

Fundación
Naturgy

Fundación Naturgy quiere premiar a
las personas u organizaciones que ponen
toda su energía en mejorar las condiciones
sociales de los más desfavorecidos.

Primer premio 60.000€







Accésit 30.000€

Importes destinados a las iniciativas
sociales de los ganadores.

Presenta tu candidatura en
fundacionnaturgy.org/premio

Primera convocatoria
del Premio a la mejor iniciativa social
en el ámbito energético.



<p>08 <i>Siglo XXI</i></p> <p>ESTAS TENDENCIAS HARÁN ROTAR EL MUNDO EN 2020</p> 	<p>34 <i>Fotografía</i></p> <p>UNA DÉCADA PARA CONSERVAR LA <i>naturaleza</i></p>	<p>58 <i>Reportaje</i></p> <p>EDUCACIÓN DEL AYER PARA LA SOCIEDAD DEL MAÑANA</p> 
<p>16 <i>Entrevista</i></p> <p>Tim Robbins</p> 	<p>38 <i>Perfil</i></p> <p>THOMAS PIKETTY</p> <p>IDEAS PARA <i>resetear el sistema</i></p> 	<p>64 <i>Economía</i></p> <p>EXCESOS</p> <p>AMENAZAS A LA PROSPERIDAD <i>Por Emilio Ontiveros</i></p>
<p>22 <i>Medio ambiente</i></p> <p>LAS CLAVES PARA ENTENDER QUÉ GRANDES RETOS NOS DEJÓ LA PASADA COP25</p>	<p>42 <i>Ensayo</i></p> <p>LA PEOR PARTE</p> <p><i>Por Fernando Savater</i></p>	<p>66 <i>Entrevista</i></p> <p>Belén Barreiro</p> 
<p>26 <i>Jornada</i></p> <p>HACIA UNA REVOLUCIÓN DEL SISTEMA ALIMENTARIO</p> 	<p>44 <i>Debate</i></p> <p>S E R N I Ñ O</p> <p>EN UN MUNDO HIPERCONECTADO</p>	<p>72 <i>Tribuna</i></p> <p>EMOCIONES Y <i>política de la cotidianeidad</i></p> <p><i>Por Antoni Gutiérrez-Rubí</i></p>



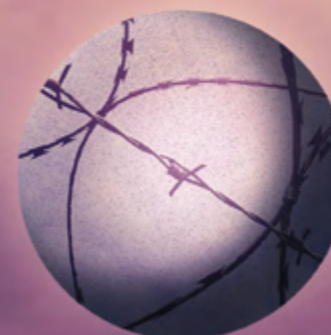


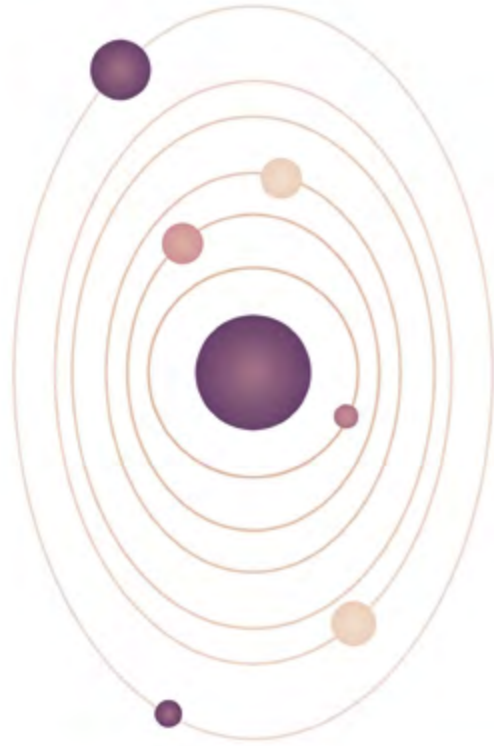
ESTAS TENDENCIAS HARÁN *rotar el mundo*

EN 2020

De la revolución digital a la transparencia o la inequidad, el planeta ensaya nuevas vías para ser sostenible, más justo y mejor.

Por Miguel Ángel García Vega





Uno nunca contempla una misma corriente de agua, uno nunca se baña en el mismo río. Todo es incertidumbre. Hace casi un siglo que el físico Heisenberg se dio cuenta de ello: vivimos bajo el principio de incertidumbre. Una especie de promesa nunca satisfecha. El mundo atraviesa esa circunstancia. Hay tantos desafíos, retos, desasosiegos que es evidente que habitamos un gozne de tiempo. Una era de cambios. Nada es lo que será y nosotros, los de entonces, ya no somos los de ahora. El planeta convive con el turbio arrastre de los populismos, la emer-

gencia climática, la desigualdad que incendia Chile, Argentina, Hong Kong, Bolivia; migraciones masivas, fruto de la crisis del tiempo, pero también del desplazamiento forzado producido por persecuciones políticas; mientras, el territorio físico se vacía y los ancianos quedan como únicos guardianes entre piedras y adobe de un legado cultural y patrimonial que desaparece al igual que hojarasca seca. Y, a la vez, en el mar, el plástico se convierte en olas y mareas, y solo parece que se escuchase la voz del poeta: «Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre? ¿Temas que se te sequen los grandes rosales del día, las tristes azucenas letales de tus noches?». Ni el autor (Dámaso Alonso) ni el título del poema (*Insomnio*) podrían encajar mejor en nuestro tiempo.

Existe un extraño balance entre esperanzas y pesadumbres. Nada como la revolución digital refleja ese delta donde confluyen lo mejor y lo olvidable del ser humano. «Tareas complejas como conducir un automóvil pasarán a ser automáticas y la confluencia del 5G, el *big data* y la inteligencia artificial abrirá el paso al concepto de "todo inteligente"», se lee en el trabajo *El año de la decisiones*, elaborado por el banco privado suizo UBS. Pero la tecnología dejará ganadores y vencidos. La consultora McKinsey calcula que, para el final de la década, podrían haberse perdido hasta 800 millones de puestos de trabajo en todo el mundo debido a los avances tecnológicos. «El crecimiento del empleo se producirá en ocupaciones en las que dominen las tareas no rutinarias, tanto las muy cualificadas y más abstractas como aquellas que, necesitando poca cualificación, precisan de habilidad manual o comunicación interpersonal», sostiene en un documento de BBVA Research.

Esa es una visión optimista basada, a la vez, en una idea sencilla y compleja. La tecnología y sus efectos no son algo inevitable sino que dependen del ser humano. «Los impactos negativos de la tecnología en el futuro del trabajo son una opción, no algo sin vuelta atrás», re-

frenda Tim O'Reilly, considerado el oráculo de Silicon Valley por la revista *Inc. Magazine*, participante de la web 2.0 y pionero del *software* libre. La tecnología ha tenido una relación difícil con otro de los grandes problemas de estas dos décadas de siglo: la desigualdad. El economista de origen serbio Branko Milanovic y el célebre pensador galo Thomas Piketty llevan años soñando con tablas de Excel que demuestran sin una sola grieta el crecimiento de la inequidad dentro de las sociedades occidentales. El dolor es profundo. Millones de personas sufren la paradoja de tener trabajo pero no poder subsistir con él. Vargas Llosa lo explicó muy bien: «¿En qué momento se jodió el Perú?». Quizá cuando sus ciudadanos dejaron de hablarse.



La tecnología dejará ganadores y vencidos: al final de la década podrían perderse hasta 800 millones de puestos de trabajo en todo el mundo

«Necesitamos tener una discusión democrática, un debate social, sobre los niveles justos de concentración de bienestar y propiedad. Los multimillonarios deberían mantener algo de su renta, pero ¿todo lo que tienen hoy? ¿Esa es necesariamente la mejor solución? Hoy tenemos fortunas individuales de miles de millones de dólares o euros. ¿Hasta dónde se supone que pueden llegar? Creo que es increíblemente ingenuo pensar que la mejor solución es que no exista ningún límite», reflexionaba Piketty en un encuentro con periodistas en Madrid en el que estuvo *Ethic*.

El techo existe, lo razonable existe. Porque la fractura se abisma. «En Estados Unidos, por primera vez desde la década de 1930, el porcentaje



Aunque la transición será lenta, las renovables pueden convertirse en la mayor fuente de generación de energía para 2030

de la riqueza en manos del 0,1% más adinerado es comparable a la riqueza en manos del 90% más desfavorecido». Lo cuenta UBS con ese lenguaje un tanto ensortijado de las finanzas. Y pervive en los legajos de historia y en la memoria. «Se han olvidado las lecciones del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, donde la política del Gobierno estadounidense promovió el empleo en lugar de las ganancias de las Bolsas», recuerda Tim O'Reilly. En la próxima década parece complicado que la injusticia económica merme. El controvertido líder Boris Johnson, quien ganó las elecciones británicas el pasado mes de diciembre, y la candidata demócrata a la Casa Blanca, Elizabeth Warren, tienen difícil que sus razonables ideas no sean entendidas en Estados Unidos como una especie de *neomarxismo*. Subir la tributación a los multimillonarios y las grandes corporaciones, fragmentar empresas tecnológicas, como Facebook, que se han convertido en un problema social, y establecer que todas las empresas en sus estatutos deben concretar sus fines sociales. ¿Qué aportan a la sociedad? Si no son capaces de explicarse, no operan.

EL CAMBIO ESTÁ EN LAS AULAS

Entre medias del relato, una parada en los pupitres. La formación trenza todas las grandes tendencias, los retos de estos años que están por llegar. Mezcla memoria y el deseo de una vida mejor. Palabras que acuña como balas el filósofo y pedagogo José Antonio Marina. «La educación tiene tres objetivos: ayudar al desarrollo intelectual, emocional y ético de los alumnos y preparar para la inserción en el mundo laboral. Los tres son importantes y cuando uno se descuida acaba resintiéndose el futuro de los alumnos». Y añade: «Las empresas deben darnos información sobre las habilidades que necesitan, pero tienen muy poco que decir sobre otros aspectos». Vale la pena recordar la anécdota que se atribuye a Henry Ford, al que oyeron gritar: «Cuando necesito dos brazos fuertes para trabajar, ¿me mandan una persona! ¿Qué hago yo con una persona?».

Pero el presente y el futuro son del hombre y los pupitres. Hay voces nuevas. Hay situaciones insólitas. El mundo se desglobaliza. Tras acelerarse durante los años noventa y 2000, la globalización alcanzó su punto máximo en la década de 2010. La fabricación local, el proteccionismo económico y la digitalización cebaron el fenómeno. El planeta, sobre todo por el enfrentamiento entre China y Estados Unidos, será cada vez menos una casa común. Por primera vez en su historia, el país de las barras y estrellas «tiene un mandatario que intenta fracturar Europa en vez de unirlos», admite Federico Steinberg, investigador principal del Real Instituto Elcano. Vivimos meridianos de sorpresas. ¿O no?

La emergencia climática arde como una hoguera de San Juan. En los últimos meses, en Australia se han quemado más de cuatro millones de hectáreas, la capa del Ártico es cada vez más fina, los fenómenos climáticos extremos más frecuentes y la COP25 de Madrid resultó un fracaso. En este paisaje agreste, las empresas hablan de transición energética. Repsol, por ejemplo, ya ha dado sus pasos hacia las energías renovables, pero tiene, al menos, 12 bloques de explotación, en una zona cercana a Pikka (Alaska); el mayor depósito terrestre -acorde con varios medios periodísticos- descubierto en los Estados Unidos en los últimos 30 años. Este viaje hacia lo sostenible está plagado de contradicciones. El consumo de petróleo, gas natural y carbón -según UBS- aumentará un 16% hasta 2040. ¿Nada cambia? ¿Todos los días amanecen iguales? «Las compañías petrolíferas expandiendo sus operaciones están poniendo por delante los beneficios a corto plazo frente

al bienestar y la salud del planeta y sus ciudadanos a largo plazo», critica Alison Kirsch, investigadora senior del programa de Clima y Energía de la oenegé californiana Rainforest Action Network. Y puntualiza: «No podemos permitirnos construir más oleoductos que facilitan la extracción de más gas y petróleo». La transición será, tiene que ser; sin embargo, será y es lenta. Aunque llegan nuevos aires. La Agencia Internacional de la Energía (IEA, según sus siglas en inglés) predice que el 43% del aumento de la demanda se cubrirá por energías renovables. Hidroeléctrica, solar, eólica, geotermal y bioenergía. El planeta sabe que tiene que cambiar, el problema es que lo hará a distintas velocidades. China y Estados Unidos (al menos con la Administración Trump) parecen más comprometidos con el crecimiento económico que con el cuidado del medio ambiente. Hacen falta manos que mezan los campos. «Los inversores y los reguladores tendrán un papel crucial para ayudar a acelerar la transición hacia energías limpias», comenta Valentina Kretzschmar, directora de investigación de la consultora energética Wood Mackenzie. Ya se sienten esas miradas nuevas. Pictet Clean Energy, un fondo con enfoque medioambiental, excluye de su cartera empresas con más del 20% de las ventas o el beneficio bruto de exposición relacionado con carbón, petróleo o energía nuclear. De hecho, las renovables pueden convertirse en la mayor fuente de generación de energía para 2030. «A este cambio contribuye que su coste disminuye con las economías de escala, los avances tec-

nológicos y la mejora de la financiación», desgrana Eric Borremans, experto global en sostenibilidad de la gestora Pictect AM.

Pero todo eso suena como entresacado de un manual de economía avanzada. El planeta se está quedando sin números y sin tiempo. Queda el *Insomnio* del poeta. «Y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros, o fluir blandamente la luz de la luna». Esta angustia de ser hombre, de protestar, escribió Dámaso Alonso, cuando nadie protestaba, se ha trasladado al mar; que se ha vuelto plástico. «Sin lugar a dudas, es el gran desafío medioambiental de nuestro tiempo, y cómo respondemos a él determinará la salud de la Tierra en el futuro», advierte Séamus Clancy, responsable de la firma de reciclaje Repak. La amenaza sobre el inmenso azul resulta intensa. La agencia de calificación de riesgo Standard & Poor's calcula que los estragos producidos por el plástico en el litoral marino alcanzan los 13.000 millones de dólares (11.600 millones de euros) anuales. El impacto es directo sobre el turismo, las pesquerías y la biodiversidad. La cifra, claro, se convierte en una ola gigante si avistamos toda la mar. Unos 139.000 millones de dólares (124.500 millones de euros). El carísimo pago al barquero de esta marea de plástico en el planeta. Una ecuación cuya resolución es una incógnita. Incluso si los consumidores reciclasen, pensemos, el 100%, no estaríamos ni siquiera cerca de ese porcentaje, escribe el ingeniero químico Megan Robertson en la prestigiosa revista científica *Science*. La razón es que muchos desechos no se pueden reciclar porque son una combinación de materiales. Y solo parecen quedar palabras vacías, colgadas como ropa tendida al viento. «Nuestros fabricantes están trabajando para conseguir un ambicioso objetivo de reutilizar, reciclar y recuperar la totalidad del *packaging* de plástico en 2040, con objetivos intermedios durante 2030», defiende Steve Russell, antiguo vicepresidente del área de plásticos de la patronal química estadounidense (ACC, por sus siglas en inglés). Pero sabe que su propósito son palabras en la arena.

Una sensación de pérdida parecida es la que siente la España que se vacía. No es un fenómeno exclusivamente español. La atracción de las ciudades desarticula muchos espacios. Las Tierras Altas de Escocia son un relato de esa despoblación. Hay propuestas para generar redes que vertebran esa geografía, diríase, hueca. La tecnología quizá sea la más poderosa. Otra son los transportes. Pero asumiendo un déficit. Es difícil darle lógica económica a apeaderos donde casi nadie sube a los trenes. «Pero quizá se pueda sacar mayor partido a las carreteras secundarias», propone el ingeniero experto en movilidad y transporte Henning Strugman. Hacen falta medidas frente a números que hieren como amenazas. La Unión Europea admite que una provincia con menos de 12,5 habitantes por kilómetro cuadrado está en serio riesgo de despoblación. Tres provincias españolas viven por debajo de ese umbral: Soria, Teruel y Cuenca. De hecho, la media en España es de 93 personas por kilómetro cuadrado. Números que trasladan incertidumbres. Hace unos meses, el premio Nobel de Economía Paul Krugman escribía en *The New York Times*: «Hay fuerzas poderosas detrás del declive, a veces relativo y otras absoluto, de la América rural. Y la verdad es que nadie sabe cómo revertir esas fuerzas».

El feminismo ha irrumpido como el movimiento social más importante de lo que va de siglo. «Los mercados son buenos valorando algunas cosas, pero no otras». Las mujeres son esas «otras». Como explica Vicky Pryce, economista británica, en su libro *Women vs Capitalism* (*Mujeres versus capitalismo*, que no está aún traducido al castellano),



Standard & Poor's cifra los estragos producidos por el plástico en el litoral marino en 11.600 millones de euros

«Las mujeres son un recurso valioso, cuyo verdadero valor no es comprendido ni reflejado en los precios del mercado». De ahí se entiende el techo de cristal, la diferencia salarial con los hombres y el abandono prematuro de la carrera profesional, obligadas a elegir entre trabajo y familia. Esto tiene que cambiar. Esto va a cambiar. En los próximos cinco años, acorde con el trabajo de la consultora McKinsey & Company, *Women in the Work Place 2019*, se incorporarán un millón de mujeres más a puestos directivos en Estados Unidos. Y suya será buena parte de la prosperidad. El año que viene poseerán 65 billones de euros. Un 32% del total de la riqueza de la Tierra. Si una vez hubo un Siglo de las Luces, este es el Siglo de las Mujeres. Incluso las finanzas, un mundo de corbata y pantalón, llega a su fin. «Es un lugar fantástico para que trabaje una mujer. La gente piensa que es como *El lobo de Wall Street*, donde todo el mundo está sentado y se gritan unos a otros alrededor de diez pantallas. En realidad, nuestro trabajo resulta reflexivo, tranquilo y calmado», cuenta Koline Rosenberg, gestora de fondos de Fidelity International.

Menos calma y menos tranquilidad se vive en esos arrabales del mundo donde la frustración ha orillado la sensatez mientras era sustituida por los populistas de derecha o izquierda. A comienzos de siglo, cuando la década se acodaba, los populistas tenían la presencia de la sombra de un junco. Desde entonces, sus resultados en comi-



Inclusión es dar voz a las personas con discapacidad.

¿Por qué no darles la nuestra?

En DKV todas tus llamadas son atendidas por personas con discapacidad. Creada hace 19 años, la Fundación Integralia DKV cuenta con una plantilla de 483 personas, todas ellas con algún tipo de discapacidad orgánica o física. Y,

día tras día, son la primera voz que escuchan nuestros clientes al llamarnos. La voz de DKV. Esto es solo un ejemplo de nuestro esfuerzo por conseguir un mundo más saludable. También llevamos a cabo multitud de proyectos en otros ámbitos

como la prevención de la obesidad infantil, el fomento de un envejecimiento activo o la sostenibilidad del planeta. En DKV nos importan muchas causas, y nos importan mucho. **Porque tenemos mucho que cuidar.**

cios europeos han pasado del 7% a más del 25% de media. En 1998, no hace tanto tiempo, solo Suiza y Eslovaquia –una por razones económicas y la otra, raciales– tenían Gobiernos populistas. Dos décadas más tarde se han sumado otros nueve. El número de europeos regidos por un Gobierno al menos con un populista en el gabinete ha aumentado de 12,5 millones a 170. Nada sucede por nada. Todo tiene su lógica. Aunque duela. «La globalización provoca mucha desafección en bastantes personas. Y la forma de expresar su angustia es votar a partidos que no son los tradicionales», analiza Branko Milanovic. La angustia tiene que remitir porque con facilidad se transforma en desesperación.

Por primera vez se sabe con certeza –dentro de lo difícil que resulta medir personas que a veces parecen, desgraciadamente, niebla– que en Europa residen unos 4,8 millones de inmigrantes no autorizados. La mitad viven en el Reino Unido y Alemania. Son los datos que publicaba el noviembre pasado The Pew Research Center y se basan en 2017. Resulta fácil asumir que, dos años después, la cifra será mayor. Esta diáspora humana se agrava en países en conflicto –como Venezuela, Siria o Libia– o sencillamente pobres, como Bangladesh. Y en aquellos en los que el sol abrasa y las tierras arden o se anegan. Los refugiados climáticos se estima que podrían medirse en millones. De hecho, un trabajo del Banco Mundial de 2018 prevé que en 2050 habrá 143 millones procedentes de América Latina, el África subsahariana y el sudoeste de Asia. Al fondo, la COP25 ha sido un fiasco y las temperaturas parecen abocadas a seguir subiendo. También la factura: solo los desastres meteorológicos le han costado al mundo 650.000 millones de dólares (582.000 millones de euros) en los últimos tres años, según Morgan Stanley. «El cambio climático va a poner a prueba la fortaleza de nuestros sistemas económicos y políticos», advierte Nicholas Stern, presidente del Centro para el Cambio Climático, Economía y Política de la London School of Economics (LSE).

Sin embargo, no todo es una advocación a la tristeza. Uno de los asideros de la esperanza del hombre es la salud y su viaje con la tecnología. «La asistencia sanitaria estará cada vez más digitalizada. Nuevas aplicaciones, como por ejemplo, software de salud pública, telemedicina y diagnóstico por imágenes asistido por inteligencia artificial ayudarán a definir y prestar la asistencia, a mejorar la eficacia del diagnóstico y a transformar el sector de la atención sanitaria», cuentan en UBS. Y la revolución de la terapia genética permitirá algo tan asombroso como editar genes, reemplazarlos o incluso cambiar células enteras. El ser humano se asoma al tiempo máximo de vida que marca su reloj biológico. Mira a los ojos de los límites de su existencia. Y esto también exige alimentación. En 2050 habrá 9.000 millones de almas sobre esta vieja casa de agua y tierra, y necesitarán proteínas, y serán caras y poco sostenibles. Sobre todo las animales: producir un kilo de carne de vaca exige 43.000 litros de agua. Una enorme cantidad. Pero el cereal tampoco tiene la sed de un cactus. Un kilo de trigo precisa 1.000 litros de agua. La agricultura tecnológica es la esperanza (o la maldición) de las mañanas que vendrán.

Pero en este viaje entre lo integrado y lo apocalíptico puede haber, al final, espacio para la luz. El mundo exige más transparencia. Elizabeth Warren, una especie de martillo de Thor de los mercados financieros y sus excesos, como hemos visto, exige claridad, aire. La luz debe filtrarse por las grietas, porque ese es su verdadero propósito. «La revolución de internet y las redes sociales ofrecen oportunidades pero hacen más vulnerables a las empresas. No paramos de ver casos de compañías



La atracción de las ciudades desarticula muchos espacios: España, las Tierras Altas de Escocia o Norte América afrontan el reto de la despoblación

cuyos valores son conocidos por la opinión pública, sufren una crisis de reputación, sus ventas se hunden, el precio de la acción se desploma y los accionistas pierden su capital», advierte el economista José Carlos Díez. De ahí que sea la época del activismo accionarial. Las compañías han visto las orejas al lobo. «Las empresas tienen que tener una perspectiva a largo plazo. Es básico en estos tiempos», indica Emilio Ontiveros, presidente de Analistas Financieros Internacionales (AFI). «Es una forma de no caer otra vez en los años del exceso». Días que son hijos, parafraseando el poemario de Dámaso Alonso, de la ira. Hace unas semanas, la Business Roundtable (BRT), el principal lobby empresarial americano, que agrupa a 181 grandes organizaciones como ExxonMobil, JPMorgan Chase, Apple o Walmart, redefinía el «propósito de una empresa». Las ganancias del accionista pasaban a ser un objetivo más y se hablaba de «proteger el medioambiente, fomentar la diversidad, la inclusión, la dignidad y el respeto». El sentido, ahora, es crear valor para todos los grupos de interés. Acabar con los años de *Insomnio*. Cuéntame, poeta, «¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre? ¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día, las tristes azucenas letales de tus noches?». _

CIFRAS

800 M

REVOLUCIÓN DIGITAL

La consultora McKinsey avanza que en el final de la década pueden perderse hasta **800 millones de puestos de trabajo** en todo el mundo debido a los avances tecnológicos.

65 B

REVOLUCIÓN FEMINISTA

En 2020, la mujeres poseerán **65 billones de euros**. Un 32% del total de la riqueza de la Tierra.

90%

DESIGUALDAD

En Estados Unidos, por primera vez desde la década de 1930, el porcentaje de la fortuna en manos del 0,1% más adinerado es comparable a la riqueza en manos del **90% más desfavorecido**.

170 M

POPULISMOS

El número de europeos regido por un Gobierno al menos con un populista en el gabinete ha aumentado de 12,5 millones a **170 millones**.

43%

TRANSICIÓN ENERGÉTICA

La Agencia Internacional de la Energía (IEA, según sus siglas en inglés) predice que el **43%** del aumento de la demanda se cubrirá por energías renovables.

143 M

MIGRACIONES

En 2050 habrá 143 millones de refugiados climáticos procedentes de América Latina, el África subsahariana y el sudoeste de Asia.

13.000

PLÁSTICO Y OCÉANOS

Standard & Poor's calcula que los estragos producidos por el plástico en el litoral marino alcanzan los **13.000 millones de dólares** (11.600 millones de euros) anuales.

43.000

SALUD Y ALIMENTACIÓN

Producir un kilo de carne de vaca exige 43.000 litros de agua.

12,5

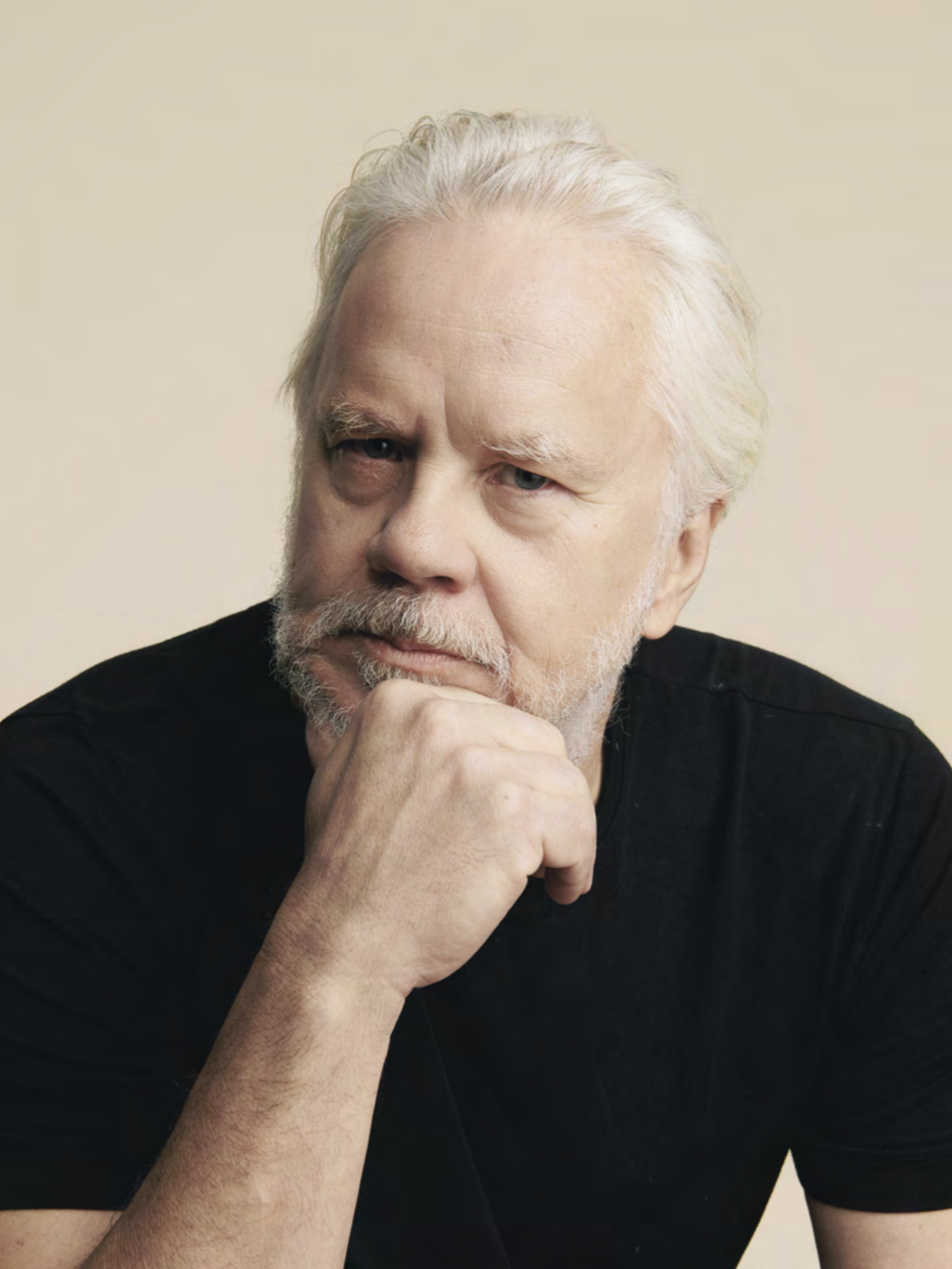
CIUDADES HABITABLES Y DESPOBLACIÓN

La Unión Europea admite que una provincia con **menos de 12,5 habitantes por kilómetro cuadrado** está en serio riesgo de despoblación. Tres provincias españolas viven por debajo de ese umbral: Soria, Teruel y Cuenca.

181

TRANSPARENCIA

181 grandes organizaciones, como ExxonMobil, JPMorgan Chase, Apple o Walmart, han acordado que el propósito de las empresas ya no es enriquecer a los accionistas sino beneficiar a la sociedad.



fotografía_37 Redington / Bussfeed

ENTREVISTA

«ES MEJOR LLEGAR CON LA VERDAD A 2.000 ESPECTADORES,
QUE MENTIR A MILLONES»

TIM Robbins

Su vocación interpretativa y su compromiso político son dos facetas indisolubles en él. Tim Robbins –actor, director y productor– es tan audaz en su profesión como en su activismo. En su última película 'Aguas Oscuras', interpreta a Tom Terp, uno de los ejecutivos que llevó a los tribunales a la compañía química DuPont, acusada de envenenar a miles de personas con C8, un químico que empleaban en la manufactura del teflón.

Por Gabriel Lerman

Siempre fue un tipo inquieto. Ya cuando estaba en la universidad fundó un grupo teatral, *Actor's Gang*, para representar textos de Bertolt Brecht. A lo largo de cuatro décadas, Tim Robbins (California, 1958) ha cosechado innumerables éxitos, entre ellos un Oscar (mejor actor de Reparto por *Mystic River*) y dos Globos de Oro (uno por la misma obra y categoría que la dorada estatuilla y el otro por su papel en *The Player*). Además, ha actuado en un buen número de películas magistrales (*Cadena Perpetua*, *La vida secreta de las palabras*, *Vidas cruzadas*, *Jungle fever...*), ha dirigido un par de largometrajes (*Ciudadano Bob Roberts*) y obras de teatro (1984), e incluso producido algunos documentales y en los que él mismo trabajaba. Por si faltara algo en su haber, también metió un pie en la música y grabó un disco, *Tim Robbins and the Rogues Gallery Band*, nueve canciones de corte folk que presentó con su banda en España en la sala Caracol.

Más allá de su carrera profesional, su implicación en causas sociales le valió ser una de las bestias negras de la administración Bush. Milita en el Partido Verde, se solidariza con las víctimas de los atentados que sacuden al mundo y reclama atención para los enfermos de sida de países olvidados. En el pasado Festival de Venecia presentó su documental *45 seconds of laughter* (*45 segundos de risa*, bautizado así en alusión al ejercicio con el que finaliza los talleres de interpretación que imparte desde hace años en distintas cárceles), simultáneamente al estreno de su provocador papel en *Aguas oscuras*, el filme de Todd Haynes sobre la batalla judicial contra la compañía química DuPont por envenenar a miles de personas con productos tóxicos.

En ella, Robbins encarna a Tom Terp, uno de los altos ejecutivos de una poderosa firma legal que decide colocarse del lado más luminoso de la ley.

'Aguas oscuras' está basada en hechos reales. Los personajes –el tuyo incluido– no son creaciones, sino personas de carne y hueso. ¿Cómo preparaste esta interpretación?

Tuve una intensa conversación con Tom Terp, la persona a quien interpreto. Grabamos esa conversación y la vi una y otra vez para poder fijarme en sus gestos, para asimilarlos. Así aprendí a hablar como él, pero también entendí qué era lo que le movió a hacer lo que hizo. Lo que me atrajo del papel fue precisamente eso. Me resultó una persona muy interesante porque su comportamiento es sorprendente, no responde a lo que uno puede esperar de un alto ejecutivo de un bufete de abogados de esas características. Me intrigaba su proceder, por eso quise hablar con él, para poder preguntarle cuáles fueron sus razones. Me impactó que él me dijera que, sencillamente, todo pasaba por decidir qué era lo que estaba bien y lo que estaba mal, y hacer lo que era moralmente correcto.

La compañía química DuPont contaminó durante décadas el agua que tomaban los habitantes del valle del río Ohio, a su paso por Parkersburg (Virginia Occidental), con un químico llamado C8, utilizado en la manufactura del teflón. ¿Conocías la historia?

Sí, estuve al tanto del caso cuando saltó la noticia. Mis hijos eran muy pequeños y recuerdo que me deshice de todo cuanto tenía con teflón en casa, alfombras incluidas. No quería que mis hijos gatearan sobre elementos que podían ser peligrosos. Gracias a esta película pude agradecer públicamente a Rob Bilott lo que hizo, porque su comportamiento permitió que la vida de mis hijos, y la de otros miles de niños, fuera más saludable. Este hombre es un verdadero héroe. Todo el mundo habla de superhéroes, pero Rob Bilott es un ejemplo viviente de ello: alguien que se enfrenta al sistema, que arriesga su vida profesional, un hombre al que no desanimaron los problemas, ni los obstáculos, ni las amenazas que recibió. Lo que hizo es algo que me inspira enormemente. Por eso espero que esta película reciba la atención que se merece. Todd Haynes ha hecho un trabajo asombroso. Mark Ruffalo, el protagonista, está excelente, y qué puedo decir de Bill Camp y Anne Hathaway... Espero que genere debate social, porque hay que hablar sobre esto. Es algo que ocurrió hace quince años y ya se ha olvidado, pero siguen vendiendo teflón que sigue liberando partículas tóxicas en el aire. Tal vez esta película nos ayude a tener conciencia sobre nuestro derecho a tener agua limpia, aire limpio y alimentos no contaminados. ¿Es tanto pedir? No es una cuestión política, va más allá de nuestra ideología, porque todos tenemos derecho a la salud. Esos componentes químicos no pueden estar regulados porque son muy peligrosos y no sabemos demasiado sobre ellos. Ojalá gracias a Mark Ruffalo y a esta película se retome el debate.

¿Con cuántos héroes reales más te has topado?

Me he topado con mucha gente con actitudes heroicas. Conocí personalmente a Mandela. Almorcé con él y mantuvimos una larga conversación. También de joven conocí a personas que fueron para mí un ejemplo, como Harry Belafonte o Paul Newman. Los dos entendieron que la fama era algo más que recibir aplausos y dinero, que implicaba una responsabilidad. Si tienes la oportunidad de denunciar una injusticia, debes hacerlo aunque te genere problemas. Con más razón si eres famoso.

Cuando te ofrecieron participar en esta película, ¿te preocupó que no le interesara al público o que fuese demasiado incendiaria?

Esos riesgos siempre están presentes en un rodaje. Leí el guion y sentí que había que contar esto. Supe que no era fácil, por eso me parece que Todd Haynes hizo un trabajo maravilloso a partir de una historia que podía haberse convertido en algo pesado y farragoso. Encontró la humanidad justa y la tensión de ciertas películas próximas a este género como *Todos los hombres del presidente* o *Silkwood*. Ha logrado un resultado apasionante.

¿Qué ocurrió después del juicio con el bufete de abogados que se enfrentó a DuPont?

Creo que el bufete tuvo problemas financieros durante un tiempo, pero Rob Bilott alcanzó un acuerdo por 180 millones de euros. Aparece en los créditos finales. Así que no creo que Taft Law perdiese dinero.

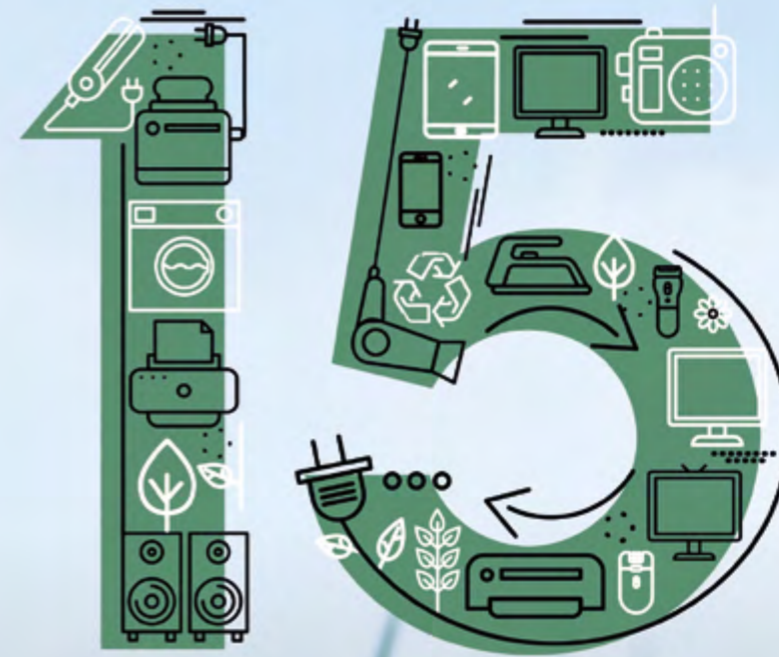
«Me encantaría que hacer cine de denuncia se convirtiera en una misión»

¿Qué piensas de ese tipo de acuerdos? Al fin y al cabo, es dinero en vez de cambios en las leyes que protejan a la gente...

Creo que son positivos, porque al final ayudan a regular ese tipo de situaciones que causan la muerte de muchas personas. Que el coste de determinadas políticas empresariales sea alto también es un buen regulador. A veces no hay otro camino que el económico. ¿Cómo recurre a la moralidad frente a alguien que niega que su comportamiento tiene consecuencias trágicas? Los ejecutivos de esta empresa química tendrían que reconocer el hecho de que estuvieron envenenando –deliberadamente– a millones de personas en todo el mundo. ¿Quién hace eso? Quizá en público no, pero me gustaría saber cómo se levantan cada mañana con ese peso. En este momento, hemos montado una adaptación teatral de *1984*, la obra de Orwell, con el *Actor's Gang*. En ella se juega con el concepto de la disociación: ¿cómo se sostienen en una misma cabeza dos razonamientos contradictorios? En nuestro país hay gente que causó la muerte de miles de personas en Iraq, gente cuyas acciones han originado una crisis de refugiados que aún no se ha resuelto. Ninguno de ellos está en la cárcel, ninguno de ellos se ha disculpado públicamente. Todo lo contrario, han recibido medallas de honor y ascensos.

¿En qué medida hacer películas como 'Aguas oscuras' es parte de un compromiso social?

No tengo duda alguna de que lo es. Como te comenté, espero que esta película abra un debate capaz de conseguir que se regulen estos componentes químicos tan peligrosos. La única razón por la que no lo están es porque no hay suficiente gente informada acerca de sus peligros. Si la gente lo supiese, los químicos estarían regulados, por-



años
de reciclaje responsable
(2004-2019)

ECOLEC lleva 15 años trabajando, desde el compromiso con la sostenibilidad, en la gestión eficaz de residuos, contribuyendo de forma decisiva a la economía circular.

En 2018, ECOLEC ha superado por segundo año consecutivo la cantidad de cien millones de kilogramos de RAEE gestionados en un único ejercicio.

que la gente lo exigiría. «Hay veneno en el aire, hay veneno en el agua, hay veneno en la comida y, cuando nos enfermamos, tenemos que pagar a las empresas farmacéuticas para que nos curen», dice Mark Ruffalo en la película. Es horrible lo que está pasando. Y ese es el poder que tiene el cine. Obviamente, la prensa tiene que ayudar, porque, créeme, las compañías químicas no quieren que *Aguas oscuras* sea un éxito de público. Es más, han creado un sitio web para desacreditarla diciendo que la película está plagada de mentiras, que Hollywood trata de arruinar a las industrias en Ohio y que dejarán a la gente sin trabajo. Están haciendo lo imposible para que la película no se vea o no tenga repercusión. Lo mismo ocurrió con *Spotlight*: nadie hablaba de esa cinta hasta que la prensa le prestó atención y eso sirvió para generar un cambio. Es algo que sucede con el cine. En los 70, casi todas las películas denunciaban injusticias, pero ahora eso casi no ocurre. Me encantaría que hacer cine de denuncia se convirtiera en una misión. Ojalá que la gente que vea esta película anime a sus amigos a verla. Estamos luchando contra un monstruo que no se rendirá fácilmente.

Tus hijos han crecido con el ejemplo del fuerte compromiso social y político de sus padres, tanto el tuyo como el de su madre, Susan Sarandon. ¿Eso los ha condicionado en su manera de mirar y de vivir en el mundo actual?

Tienen su propia forma de hacerlo. Estoy muy orgulloso de mis tres hijos. Miles trabajó en la película *Daniel isn't real* y obtuvo el premio al mejor actor en el Festival de Sitges. Fue maravilloso, es un gran actor. Estuve hace muy poco en un festival con mi otro hijo, Jack, porque soy el productor de una película que escribió y dirigió, *VHYes*. Es excelente, rara y muy divertida. Mi hija mantiene un blog sobre maternidad y es una formidable escritora. Lo bueno de ser padre es que, una vez que has hecho el trabajo duro, vas viendo lo que tus hijos hacen con sus vidas. Uno tiene que guiarlos de tanto en tanto –si te lo piden–, pero la mayor parte del tiempo soy un espectador. Cuando eran niños y los llevaba a sus partidos de béisbol, me sentaba a verles jugar. Ahora sucede algo parecido. Los ayudo en todo lo que puedo, por eso he sido el productor de la película de Jack, pero en el plató él era el director. Y, aunque muchas veces se me ocurrían cosas como director que soy, me callaba, porque sabía que no tenía que decir nada. Lo maravilloso es que esas mismas cosas que me venían a la cabeza se le ocurrían después a él.

A principios de los noventa, dirigiste una comedia satírica, ‘Ciudadano Bob Roberts’, sobre una figura del entretenimiento, rica e ignorante, que se postulaba a presidente...

... a quien le gustaban las chicas que participaban en concursos de belleza...

... y, en una entrevista reciente con el ‘New York Times’, dijiste que Bob Roberts se había hecho realidad.

Hice la película como advertencia sobre cómo la política podía volverse frívola si no se cimentaba en la verdad. También denunciaba los riesgos de que la imagen tuviera más peso que la sustancia y el poder de los medios para crear una buena imagen de alguien, aun cuando su pasado sea controvertido y claramente plagado de errores. Eso es exactamente lo que ocurrió con Trump. Se convirtió en candidato gracias a esta delirante fascinación que tenemos con los *reality show* y con los

famosos. Fue la prensa la que le creó, a él y a su candidatura. Por eso es que dije que Bob Roberts había regresado y se había convertido en real.

Trump decidió retirarse del Tratado de París. ¿Qué opinas al respecto?

Estamos en invierno y hace 30 grados. Esa es mi respuesta. Estoy escribiendo un guion sobre esto, que será mi manera de hablar del tema. Si hay una persona en el mundo que no necesita más atención es Trump.

¿Cómo describirías el momento actual que vives como actor?

Hace unos diez años decidí que no quería seguir siendo famoso, algo aparentemente imposible. Dejé de asistir a eventos sociales. No fui más a fiestas, *premieres*, presentaciones. Nada. Pero empecé a ir regularmente a mi teatro, al *Actor's Gang*. Allí me concentré en trabajar, en experimentar, en hacer seminarios, ya que es un laboratorio de ideas y de actividades. He pensado mucho últimamente sobre Robert Altman, un verdadero genio del cine y un héroe personal. Recuerdo que, durante la preproducción de *El juego de Hollywood*, la gente venía y le preguntaba qué pensaba de esto, qué pensaba de aquello. Le pedían su opinión sobre vestuario o sobre lo que fuese. Y él respondía a todos lo mismo: «No lo sé, ¿tú qué opinas?». Yo sé que él sabía cuál era la respuesta, pero forzaba a su equipo a pensar y a crear. Se lo pregunté y me confirmó que así era, y me comentó que actuaba así porque ellos podían tener una idea que él no hubiese contemplado y no quería sentir que la película era solamente suya. Tenía muy en cuenta que el ego podía anteponerse a la creatividad. Me acuerdo siempre de esas conversaciones que tenía con Bob y por eso sé que, cuando estás creando –ya sea una película, una novela o un personaje–, es importante controlar tu ego y poner los pies en la tierra, porque el mejor trabajo es el que surge del desconocimiento: no hay mucha creatividad cuando alguien entra en un cuarto diciendo que lo sabe todo. Estos últimos diez años han consistido en eso. Han sido una fase dedicada a explorar, a actuar delante de dos mil personas o a interpretar *El sueño de una noche de verano* en un viejo anfiteatro romano en Lyon bajo una luna llena. O ir a China con *Arlequino*, una obra de teatro en la que el protagonista es arrestado. La representamos en Shanghái y estaba nervioso porque la obra era un desafío al Gobierno. Honestamente, no entendí por qué nos dejaron hacerla... Es una obra que habla sobre la censura y la audiencia en Shanghái aplaudió en solidaridad con ese perso-



Tim Robbins, interpretando a Tom Terp en 'Agua oscuras'

naje que no la acepta. Después la llevamos a Pekín. Confieso que cada vez que representamos esa escena principal, me doy cuenta de que ese es el poder que tiene una celebridad, que le permiten hacer cosas así en lugares impensables. Estoy muy agradecido porque en esta última década aprendí algo fundamental: es mejor llegar con la verdad a esos dos mil espectadores en Shanghái, que mentir a millones. Por eso ahora estoy preparado para lo que sea, para contar cualquier historia que valga la pena. Me siento muy seguro de mí mismo, pero siento que esta industria ha cambiado tanto en la dirección opuesta, que voy en el sentido correcto.

¿Qué significa el oficio de actor?

Hago este trabajo dentro de prisiones. Enseño la *commedia dell'arte* en las cárceles y le tocamos el corazón a mucha gente que pasa por momentos difíciles. Vamos siempre a por los presos más complicados, no nos interesan los que tienen buen comportamiento. Buscamos a los que gritan, a los conflictivos. En las prisiones, cada grupo racial y social se organiza de manera aislada al resto, pero nosotros los metemos a todos en un mismo cuarto, organizamos juegos teatrales y diferentes tipos de ejercicios. Poco a poco, logramos que expresen sus emociones a través de personajes. Se ponen maquillaje, que no deja de ser una máscara que les protege para expresar emociones que nunca mostrarían dentro de la prisión. Sin embargo, en este cuarto lo pueden hacer. Cuando me preguntas sobre qué es para mí ser actor, pienso en ellos, en la valentía que hace falta para atreverse a hacer estas cosas. Pienso en un ejercicio que hacemos en el que los invito –mientras interpretan sus personajes– a asistir al funeral de uno de ellos. Le pido a cada uno que tome una flor y la ponga en su tumba, y que digan algo para despedirle. Lo hacen sin rechistar y, en ese momento, la tristeza se apodera de ellos. Todos han ido a ese tipo de funerales; o peor, no han podido ir al de su madre, de su hermana, de su hermano, porque están en prisión. Una vez que han colocado una flor y han dicho adiós, les pido

«Si tienes la oportunidad de denunciar una injusticia, debes hacerlo aunque te genere problemas»

que se miren entre ellos. Ese es el momento en el que todo cambia, porque se miran a los ojos y se establece una conexión especial. Ven a un ser humano, y también las lágrimas en los ojos de quien antes era su enemigo. Ellos también tienen los ojos vidriosos. Cuando eso ocurre, ya no hay vuelta atrás, porque han compartido una experiencia común, y entonces les invito a que se consuelen mutuamente. Cuando ves a estos hombres abrazándose, te das cuenta de que la actuación es verdad, porque te permite liberar las emociones que todos deberíamos tener. Deberíamos hacerlo de manera habitual. Es muy saludable ser honestos con nuestras emociones. _

LAS CLAVES PARA ENTENDER QUÉ

GRANDES RETOOS

(Y LOGROS) NOS DEJÓ LA PASADA COP25

La cumbre del clima terminó con la sensación de haber dejado más incertidumbres que certezas y de haber perdido una nueva oportunidad para actuar contra el calentamiento global. Hoy, con el reposo y la revisión de lo sucedido, profundizamos en detalle en todo lo que aún nos queda por hacer.

Por Luis Meyer

Dijo Teresa Ribera –hoy vicepresidenta para la Transición Ecológica y Reto Demográfico, y timonel de las negociaciones *in extremis* de la pasada COP25 celebrada en Madrid–, que le quedó una «sensación agridulce». Una forma bastante eufemística de definir las conclusiones de esa cumbre climática, demasiado extenuante y maratoniana para los réditos conseguidos: apenas una declaración de buenas intenciones sobre el aumento de medidas para recortar aún más las emisiones de carbono, el punto más urgente que afrontaba esta cita, a la espera de que –tal vez– se materialicen en la COP de Glasgow de este año. Mientras, el reloj del planeta avanza a toda velocidad.

Hubo otro fracaso paralelo en la pasada cumbre del clima, más concretamente, en sus efectos colaterales. Su envergadura –diez días en los que participaron todas las partes de la Convención, donde la Unión Europea es una de las 197 partes que la integran, y entre las que también se encuentran representantes de empresas, organizaciones internacionales y miles de ponentes– sirve también para dar relevancia mediática a un asunto tan de extrema prioridad como el cambio climático. La coincidencia con las elecciones en Reino Unido (y la llamativa e inesperada mayoría absoluta de Boris Johnson), las sempiternas negociaciones de investidura en nuestro país, o el ruido que generó la figura de Greta Thunberg, más allá de su acertado y necesario mensaje, invadieron –en muchos casos– los titulares de los medios, opacando en parte la importancia que una cumbre así tiene para el mundo. Por eso, con el reposo y la calma que da el tiempo, hoy es el momento de analizar el porqué de los fracasos y los (pocos) logros conseguidos en esta última cumbre.

1. COP25: UNA CUMBRE 'PROCRASTINADORA'

Al menos, en apariencia. Porque trabajar, sí que se trabajó durante 10 días –que se estiraron hasta uno más–, pero el resultado fue el mismo que el de ese estudiante que siempre deja los deberes para el día siguiente. La firma masiva del Acuerdo de París hace cuatro años generó una sensación de euforia que cada vez se escurre más entre los dedos, como quien intenta mantener, infructuosamente, un puñado de arena en su mano. Ni los objetivos que se marcaron entonces son suficientes, ni tampoco lo son las medidas: la ONU ya avisó de que se deben multiplicar por cinco si pretendemos mantener el aumento de la temperatura global por debajo de 1,5 grados –la meta inicial marcada por los firmantes en 2016– y por tres si no queremos

que supere los dos grados. En la última cumbre no se firmó, ni siquiera, este segundo premio de consolación. El resultado fue una mera declaración de intenciones para ser más ambiciosos en la COP que este año se celebrará en Glasgow.

2. La brecha ¿insalvable? entre ciencia y política

Por más que la ministra de Transición Ecológica, Teresa Ribera, quisiera añadir algo de dulce para compensar el poso «agri», la cumbre supo a poco. Es cierto que, por primera vez, en el texto de un documento resultante de una COP se plasmó claramente la necesidad de que toda acción política futura contra el cambio climático debería estar «guiada por la ciencia», esto es, por los informes del Panel Intergubernamental de Cambio Climático de la ONU (IPCC). Pero también lo es que, precisamente este organismo, lleva tiempo alertando de lo cerca que estamos de un «punto de no retorno», y de que lo firmado en el Acuerdo de París fue demasiado optimista y hoy es absolutamente insuficiente. Por mucho que durante esos 10 días desfilaran numerosos científicos con datos y gráficos tan catastróficos como certeros, dio la impresión de que los representantes de los Gobiernos de la COP25 negociaran en una suerte de cúpula de cristal insonorizada.

3. El feminismo impide un fracaso total

Que la mujer es víctima específica y al mismo tiempo posible parte de la solución al problema del cambio climático es un hecho cada vez más interiorizado. Sin embargo, esta COP25 era su única oportunidad para refrendarlo con un pacto mundial y que no quedase reducido a papel mojado. Las negociaciones para renovar el Plan de Acción de Género (GAP, por sus siglas en inglés) estuvieron a punto de encallar a un día de fina-

lizar la cumbre, pero finalmente tuvieron su correspondiente firma. Su importancia no solo radica en la inclusión de género en la acción climática, con todo lo que ello lleva consigo en cuanto a igualdad de derechos y mitigación de situaciones de vulnerabilidad, sino que el propio plan incluyó referencias explícitas a una «transición justa» y a los «derechos humanos». Además, también mencionaba la necesidad de tener en cuenta la cuestión de género en el Fondo Verde para el Clima, esto es, las ayudas económicas a países en vías de desarrollo, donde la situación de muchas mujeres frente a las consecuencias del calentamiento global es especialmente frágil.

4. El artículo 6, la (dolorosa) piedra en el zapato

Las emisiones de carbono y, más concretamente, su *mercadeo* (como lo definen muchas ONG) están en el escueto artículo 6 del Acuerdo de París y son uno de los motivos más importantes por los que los compromisos de la COP no avanzaron lo que debieran. Incluye el sistema por el que un país que no consigue recortar lo que debe puede comprarle a otro Estado derechos de emisiones. No es el único que causa controversia en las cumbres climáticas: desde su propia redacción, para sus apenas 41 páginas, recibió casi 700 alegaciones. Hoy sigue sin haber un acuerdo sobre temas tan importantes como evitar una doble contabilidad de los balances de gases de efecto invernadero o delimitar qué sectores (y empresas) obligados a hacer recortes deben acudir a los mercados de emisiones. Otra asignatura pendiente más que quedó *para septiembre*. O, más concretamente, para noviembre en Glasgow. Suma y sigue.

5. Más de 80 países no son suficientes

Hace una década habría sido un logro sin precedentes. Hoy, que 84 países –entre ellos España, Francia, Alemania o Reino Unido–, se hayan comprometido a endurecer aún más sus planes de recorte de emisiones, es poco menos que el entrante del más opíparo de los menús, porque China, Estados Unidos, la India y Rusia siguen sin dar su brazo a torcer. Y juntos suman más de la mitad de las emisiones mundiales totales.

6. Oídos sordos a la evidencia científica

No les hacía falta hacer memoria a quienes se reunieron en la cumbre del clima. Tan solo una semana antes, la Organización Meteorológica Mundial revelaba que los gases de efecto invernadero (dióxido de carbono, metano y óxido nítrico) en la atmósfera habían marcado, en 2018, un nuevo máximo histórico. Concretamente, la concentración llegó a las 407,8 partes por millón, un 47% más que en la época preindustrial; la de metano a las 1.869 partes por mil millones, un 159% más que en el mismo periodo; y la de óxido nítrico a las 331,1 por mil millones, un 23% más. Para volver a ver unos niveles semejantes hay que remontarse a tres millones de años atrás, cuando ni siquiera existía el ser humano. Entonces, la temperatura era entre dos y tres grados mayor, y el nivel del mar superaba en 20 metros al actual. Una cifra de la que, aunque suena inalcanzable, no estamos tan lejos como pensamos. En

tan solo 36 años se han perdido 2,5 millones de kilómetros cuadrados de superficie en el Ártico, según la NASA; a este ritmo, en 100 años habrá desaparecido todo el hielo marino.

7. El sector financiero avanza, que no es poco

Vistos los resultados, las entidades financieras fueron más bien convidadas de piedra, pero que hayan tenido presencia en esa edición ha marcado un hito. Aunque sus compromisos sean poco tangibles, algo se sacó en claro: «La COP25 ha dejado ya un legado, y es el hecho de que, por primera vez, ha reunido a los ministros de finanzas, y han aprobado el llamado plan de acción de Santiago basado en los Principios de Helsinki», dijo públicamente Manuel Pulgar-Vidal, responsable del área de Energía de WWF. En él, la Coalición de Ministros de Finanzas por la Acción Climática recogieron iniciativas como «el diseño y la creación de un nuevo mercado para las emisiones de carbono; la creación de expertos y capacidades en los ministerios de Finanzas para integrar la acción climática en las políticas económicas; examinar el coste fiscal de las medidas de adaptación y apoyar una mayor transparencia en los riesgos financieros relacionados con el clima, incluidos los de estabilidad financiera y las vías para gestionarlos». Otra asignatura, esta en material medioambiental, que también queda para la recuperación en Glasgow.

8. ¿Y, entonces, qué podemos esperar de la COP26?

La próxima cumbre del clima se ubicará en el Science Centre de Glasgow (Escocia), entre el 9 y el 19 de noviembre de 2020, y ya se prevé que asistirán alrededor de 30.000 delegados y 200 líderes mundiales. La secretaria de Cambio Climático del Parlamento escocés, Roseanna Cunningham, ha dicho que espera «desarrollar un programa netamente informativo», y que muestre «la ambición e innovación» del país británico en la lucha contra el cambio climático.

Por el momento no existe una hoja de ruta. Las pretensiones se resumen, que no es poco, en materializar las buenas intenciones mostradas por los países en la COP25 respecto a agudizar sus medidas para recortar las emisiones de gases de efecto invernadero. La clave sigue siendo que China, Estados Unidos, India y Rusia se unan a este esfuerzo. Si no, será otra oportunidad perdida. _

POR MÍ Y POR TODOS MIS COMPAÑEROS

ESTO NO ES UN JUEGO DE NIÑOS

En UNICEF trabajamos
para que todos los niños
y niñas tengan los
mismos derechos.



HAZTE SOCIO
900 907 133
portodosmiscompañeros.es

unicef 

Hacemos que las cosas sucedan

HACIA UNA REVOLUCIÓN DEL SISTEMA ALIMENTARIO

La producción, la distribución y el consumo de alimentos pueden ser herramientas clave frente a la emergencia climática y la pérdida de biodiversidad. Además, juegan un papel decisivo en el desarrollo rural y en la lucha contra la despoblación. El Ministerio para la Transición Ecológica y Ethic reúnen a más de veinte expertos en una jornada enmarcada en la COP25 celebrada en Madrid.

Por Laura Zamarrigo

Desde los primeros asentamientos neolíticos en torno al *Mare Nostrum*, el olivo ha sido elemento de unión –y su aceite, de riqueza– entre las distintas civilizaciones mediterráneas. Testigo de nuestra historia, este árbol sagrado para muchas culturas no vive uno de sus mejores momentos. «Los olivos están cargados de gritos», escribía García Lorca. «Y con los pies descalzos», añade José Eugenio Gutiérrez. El director del proyecto Olivares Vivos de SEO/Birdlife alerta a través de esta metáfora de la situación de abandono a la que se enfrentan muchos de estos estandartes de corteza parda y tronco retorcido.

«Lo primero que te llama la atención es el suelo de esos olivares, carente de vegetación. Y lo segundo, al menos a los aficionados a la ornitología como yo, el silencio. Apenas se oyen algunos pinzones. Intuyes cómo esa pérdida de flora y de fauna están entrelazadas», relata Gutiérrez. Este experto fue uno de los invitados al encuentro *Hacia una revolución del sistema alimentario*, organizado por el Ministerio para la Transición Ecológica y Ethic en el marco de la última Cumbre Mundial del Clima (COP25).

Sobre esas tierras áridas, se alza la sombra de la despoblación, de la agricultura intensiva y también de la ambición humana, que siempre encuentra los recodos para poner la naturaleza en venta: hace tiempo que España sufre un expolio de los olivos más longevos, muchos de ellos milenarios, que son arrancados para su comercialización en viveros, acaban decorando rotondas o campos de golf o son confinados en un moderno edificio de oficinas acristaladas en Alemania, como le ocurre al majestuoso ejemplar de *El Olivo*, la película de Iciar Bollain y Paul Laverty.

Precisamente, la cinta fue rodada en la comarca del Maestrazgo, extendida por el norte de Castellón y el sureste de Teruel, un entorno que conoce *al dedillo* Tere Adell, gerente de la Mancomunidad Taula del Sénia. «Lo primero que debíamos hacer para revalorizar este importante patrimonio vivo, único en el mundo, era inventariarlo. Actualmente hay censados alrededor de 6.000 olivos de más de 3,50 metros de perímetro de tronco a 1,30 metros del suelo», explica Adell. Esto lo convierte en el territorio con la mayor concentración de olivos milenarios del mundo.

De todos ellos, unos cien mil se encuentran en los alrededores de Oliete, un pequeño pueblo turolense de 300 habitantes que ha sido víctima, como tantos otros municipios de la península, de la sangría demográfica, razón por la que el 70% de los olivos estaban abandonados. Ha leído bien: «estaban». Se cumple un lustro desde que Alberto Alfonso

«Es urgente
conectar al
medio urbano
con el medio
rural»

Alberto Alfonso
Fundador de Apadrina un olivo

pusiera en marcha apadrinaunolivo.org, tiempo en el que se han logrado recuperar cerca de 8.000 ejemplares. «Con sus olivas hacemos aceite de alta calidad, que recoge los valores del proyecto: sostenible, social, solidario y saludable», cuenta el emprendedor. Este oro verde se produce en una almazara que abrieron hace tres años en Oliete. «Todo esto ha generado vida y arraigo de población. Hemos evitado, incluso, que la escuela del pueblo cerrase», se enorgullece Alfonso. Y matiza: «Lo hemos hecho con transición ecológica desde el origen, evitando el uso de pesticidas y plaguicidas, para hacer las cosas como las hacían nuestros antepasados. Es urgente conectar al medio urbano con el medio rural».

En ello depositó todos sus esfuerzos Edurne Caballero. Durante cuatro meses, recorrió los terri-



Arriba: María José San Román y Teresa Ribera. Abajo, de izquierda a derecha: Alberto Alfonso Pordomingo, José Eugenio Gutiérrez, Tere Adell y Sofía Menéndez

torios despoblados de España en bicicleta con el proyecto *Biela y Tierra* para visitar, documentar y compartir más de 100 iniciativas rurales. A lo largo de 2.800 kilómetros, intercambié experiencias con productores y consumidores y confirmé lo ya sabido: «Hay mucha gente que está demostrando que, pese a las trabas, hacer las cosas de manera coherente y justa es posible. Merecen ser reconocidas como conservadores de los pueblos y no necesitan que vayamos desde la ciudad con grandes ideas a decirles lo que tienen que hacer. Ellos lo saben bien».

«SIN PUEBLOS NO HAY PARAÍSO»

Le tomamos prestado el ingenioso eslogan a Marta Corella, impulsora del proyecto social *Del bosque a tu casa* y alcaldesa de Orea (Guadalajara), que nos recuerda que hablar de bosques es hablar de vida: estos santuarios, amenazados por la deforestación o los incendios, albergan el

80% de la biodiversidad en la tierra, permiten la subsistencia de cerca de una cuarta parte de la población mundial y son fundamentales en los esfuerzos para combatir el cambio climático. «Los bosques encierran lo que la sociedad necesita», afirma Corella, y nos traslada a aquellas cocinas repletas de manojos silvestres de nuestras abuelas. «Hay que volver la vista atrás. Los pueblos han sabido mantener una conversación saludable con el entorno y un modo de vida basado en la economía circular y en la bioeconomía».

Algunos reconocidos chefs han sabido trasladar esa nueva *vieja* mirada a sus restaurantes. Fogar do Santiso lleva desde 1996 poniendo en valor la gastronomía y cultura rural de Galicia. Los mensajes que lanza su propietario, Xosé Santiso, son tan afilados como los cuchillos de su cocina: «Si queremos cambiar las cosas, no vale con apuntarnos a la moda de ser verdes. Hay que cambiarlo todo, desde la educación a la legislación. Solo entonces dejará de verse al mundo rural como un parque de atracciones y no hará falta subvencionar al *pobre* agricultor ni habrá que dignificarlo».

Tras otros fogones, los de Ca Na Toneta, se encuentra María Solivellas, cocinera «autodidacta» que se dedicó a estudiar en profundidad el repertorio tradicional mallorquín, muy presente en las casas pero no en la oferta de restauración, por lo que su carta se basa en productos sostenibles y de proximidad. «Tenemos una gran capacidad para transformar las cosas», confía Solivellas, «pero la perversión del sistema no se lo pone fácil al consumidor: cuando nuestra compra depende de un grupo de grandes supermercados basado en un sistema dañino y contaminante, no tienes muchas alternativas».

LAS COSAS DEL COMER

De hecho, quizá usted viva en un «desierto alimentario» y no lo sepa. Si no puede conseguir alimentos frescos a menos de 1,6 kilómetros de distancia de su lugar de residencia, si tiene una tienda de alimentos orgánicos debajo de su casa pero le resulta demasiado cara para su bolsillo o si, a pesar de tener un supermercado a menos de 10,6 kilómetros, no cuenta con coche o transporte público para comprar en él, la respuesta es afirmativa. Esta realidad, cada vez más extendida en las ciudades, aún pasa desapercibida en España –donde es menos evidente e identificable que, por ejemplo, en Estados Unidos–, y permite entender la complejidad de los desafíos de este siglo en torno a la alimentación.

«Que 1.900 millones de personas tengan sobrepeso u obesidad no es un fenómeno casual. Es fruto de una serie de políticas de mercado y de un sistema alimentario que lo han favorecido. La falta de recursos económicos y la dificultad de acceso a productos saludables está íntimamente ligada con ello», advierte Marta Rivera Ferre, directora de la Cátedra de Agroecología y Sistemas Alimentarios de la Universidad de Vic. Esto tiene, a su vez, un impacto directo sobre la biodiversidad: «El 30% de razas autóctonas ha desaparecido o está en riesgo, debido a que fundamentalmente consumimos carne de pollo, cerdo y vacuno. El trigo y el maíz son hoy el 50% de nuestra alimentación, cuando a lo largo de la historia hemos consumido miles de especies diferentes. Es importante entender que los sistemas agroganaderos son diversos y que su resiliencia ayuda a frenar el calentamiento global», argumenta la experta, que demanda un giro hacia los policultivos y la ganadería

«Vivimos una recuperación de la calidad frente a la cantidad de alimentos»

Teresa Ribera

Vicepresidenta para la Transición Ecológica y Reto Demográfico

extensiva, el único modelo que permitirá conservar la riqueza ecosistémica, la presencia de polinizadores y la salud del suelo.

Almudena Lázaro, investigadora del Centro de Innovación de la Comunidad de Madrid (IMI-DRA), coincide en este punto: «El trabajo pasa por la conservación. Las instituciones tenemos colecciones de plantas que pretendemos que no sean una foto fija de lo que hubo hace siglos, sino que se usen. Diversidad agrícola es diversidad de colores, sabores, texturas y nutrientes», añade. Más aún en un momento en que las dietas veganas o vegetarianas son cada vez más populares. «¿Por qué apostamos por la soja –aunque tenga que hacer miles de kilómetros para llegar hasta nosotros– y no por el garbanzo o la lenteja, que se cultivan en España?», se pregunta Lázaro.

La naturaleza requiere de agricultores responsables con la gestión del medio como Victoria Torres. Ella es de la quinta generación de viticultores de las Bodegas Matías i Torres en plena reserva natural en la isla de La Palma (Canarias). Su bodega es marca Reserva Mundial de la Biosfera: producido con variedades locales, heredadas, adaptadas y organizadas tradicionalmente, su vino es único en el mundo. «Este relevo genera-



De izquierda a derecha: Jesús Pagán, Oriol Reull, Rubén Valbuena, Iago Pazos y Sandra Gallego Salvá

cional del que me aprovecho, este conocimiento heredado, es el que sostiene la cultura campesina», asegura la viticultora.

También Lucía Velasco recogió el testigo de su familia que, durante generaciones, se ha dedicado a la ganadería trashumante. Reconocida con el Premio de Excelencia a la Innovación para Mujeres Rurales, esta ganadera denuncia que «muy pocos consumidores miren de dónde viene el filete que se llevan a casa». «No somos conscientes de lo que compramos porque se ha apostado por la cantidad y no por la calidad. Lo que se cosecha y cría en España pasa unos controles muy rigurosos, lo que viene de fuera no», remarca.

INNOVACIÓN PARA EL CONSUMO SOSTENIBLE

El sistema alimentario es responsable del 54% de las emisiones de CO₂, consume un tercio de la energía mundial y ocupa el 40% de la superficie del planeta, «por lo que no será posible combatir el cambio climático si no arreglamos primero el sistema alimentario». Lo afirma Jesús Pagán, socio fundador del proyecto Foodtopía, que trae consigo un complemento atípico para una mesa redonda: una bolsa de basura. «Esto –señala– es el icono de la economía familiar. Pesa 6 kilos y corresponde al residuo diario de una familia de cuatro miembros. Por cada 1.000 euros que invertimos supuestamente en comida, 500 no son comestibles. Es lo que se tira y el valor de lo que carga esta bolsa. Al resultado le restamos el coste de los problemas de salud derivados de la mala alimentación: caries, cardiopatías... Igual a 280 euros todos los meses. Solo 220 euros son para comer. Ese es el principal motor de

la exclusión y la pobreza». Este ingeniero ha conseguido su objetivo: dar de comer un menú completo, equilibrado, gastronómicamente correcto y de baja huella por poco más de 1 euro. Las cinco comidas al día de Foodtopía salen por el módico precio de 6 euros, céntimo arriba, céntimo abajo.

Otro precio muy distinto es el que el planeta paga por nuestra extraordinaria capacidad para desperdiciar: en España tiramos a la basura más de 7,7 millones de toneladas de comida. Vamos por mal camino para cumplir con el objetivo de reducir el desperdicio de alimentos a la mitad para 2030 al que nuestro país se comprometió cuando adoptó los Objetivos de Desarrollo Sostenible en 2015.

Too Good To Go nació con el fin de acabar con estas cifras escandalosas. Esta *app* quiere darle una segunda oportunidad a todos esos alimentos que tiendas y restaurantes acaban tirando a diario cuando echan el cierre. «Hablamos de cómo alimentar a la población en 2050 cuando realmente hoy tenemos ya alimentos suficientes», insiste Oriol Reull, *country manager* del proyecto, que ya cuenta con un millón de adscritos o, de acuerdo con la jerga de la casa, *wastewarriors*.

Más apetecible que una bolsa de basura es la estantería del supermercado. Pero no nos dejemos

«Se ha perdido la transmisión intergeneracional en la cocina»

—
Carmen Alcaraz
Gastrónoma y periodista

llevar por la belleza de las frutas: que haya tomates en cualquier fecha del año es de todo menos bueno para el planeta. «Antes eran los propios proveedores los que nos iban marcando la entrada estacional. Hoy, apenas existe temporalidad: hay bonitos en noviembre», revela Iago Pazos, cocinero y copropietario del Grupo Abastos. Para Rubén Valbuena, quesero y fundador de la Granja Cantagrullas, «el mercado puede ser una alternativa siempre que los pequeños productores contemos con una red de protección que nos ayude a comercializar nuestros productos».

DE LA TIERRA A LA MESA

Alimentarse, en definitiva, es un acto político. «El gesto de meter algo en el carro ya te define». Así lo cree el cocinero Fédor Quijada, que se empeña en diferenciar la cocina de la alta gastronomía. «Cuando se habla de cocina, se tiende a mirar hacia arriba, a las estrellas. Sin embargo, la cocina es lo que da el calificativo de hogar. Enseguida perdemos los pies de la tierra», comenta Quijada.

A este chef le preocupa que hayamos dejado de valorar lo cotidiano y que la comida se convierta en algo aséptico. «No hay transmisión a través del alimento. ¿De verdad hay que empaquetar una pera? ¿Es malo tocarla? ¿Olerla? ¿Cómo es posible que hayamos estandarizado los alimentos hasta el extremo de empaquetar el perejil, que antes lo regalaban en la pescadería?».

«Nos gusta comer pensando que son regalos que desenvolver», responde la gastronoma y periodista Carmen Alcaraz, que profundiza en

la idea de recuperar la cocina como ese espacio que nos conecta con la comunidad. «Les pido a mis alumnos que escriban sobre la mesa de la cocina. Ese lugar donde merendabas, te echaban una bronca o tus padres miraban las facturas. Todo eso es memoria. Estamos perdiendo transmisión intergeneracional. Y eso es pérdida de conocimiento, de tecnología, de ciencia. En la cocina doméstica también hay creación. ¿Hay algo más creativo que quitar el hambre con lo poco que se tenía en la huerta?», pregunta retóricamente, en un elogio a las mujeres, «que son las que siempre han estado en la cocina, aunque el honor y la gloria se la lleven los cocineros, y solo un tipo de cocineros».

Con excepciones. María José Monastrell, cocinera del restaurante Monastrell, es uno de los nombres más reconocidos de la gastronomía española. «La península ibérica es una de las zonas más privilegiada del planeta, que se une a la cultura de la cocina tradicional. Tenemos que transmitir, sencilla y llanamente, nuestra querida dieta mediterránea, que es de la que más se habla pero la que menos se hace: el arroz, el pan o las legumbres, que estaban en el centro del plato, tienen que volver a él». En un diálogo con la vicepresidenta para la Transición Ecológica y Reto Demográfico, Teresa Ribera, se ponía punto y final a la jornada.

El cambio de modelo en el sistema alimentario es necesario para proteger el planeta, pero debe hacerse de manera justa e igualitaria para que nadie pierda. «España es un país privilegiado por su valor social, por su solidaridad y capacidad de compartir con los demás. La vuelta a la tradición de nuestros pueblos ayuda, y el papel de la familia y los maestros es muy importante: si todos mantenemos una cierta alerta, se puede producir ese cambio de manera menos traumática», apostilló la ministra. En su opinión, «vivimos una recuperación de la calidad frente a la cantidad de alimentos, de valorar cómo se obtienen y proteger la calidad de vida y la renta del agricultor. La demanda va en esta dirección de cambio, contrario a la barra libre, y es un movimiento por el que tenemos que apostar».

El último informe del Panel Intergubernamental de Expertos en Cambio Climático (IPCC) de la ONU se muestra tajante: es imprescindible cambiar nuestro modelo alimentario para frenar el cambio climático. También para acabar la lacra más imperdonable de nuestro siglo: que 821 millones de personas estén subalimentadas. Un problema complejo que no podrá tener una solución fácil. —



REDUCIR EL DESPERDICIO ALIMENTARIO

POR LAS PERSONAS, POR EL PLANETA

En todo el mundo se desperdician 1.300 millones de toneladas de alimentos al año. Mientras, el 10,5% de la humanidad sufre desnutrición. Combatir ambas caras del problema supone uno de los grandes retos del desarrollo sostenible. Con motivo de la COP25, El Corte Inglés reunió a un panel de expertos en alimentación y sostenibilidad para dibujar juntos las posibles líneas de actuación.

Frutas, verduras frescas, yogur, queso, refrescos, vinos, leche, carne y pescado. Esta enumeración bien podría formar parte de nuestra lista de la compra o ser la descripción de lo que alberga la nevera de casa. Sin embargo, se trata de los alimentos que con mayor frecuencia acaban en la basura de los hogares españoles. En tan solo un año, el volumen de esa comida y bebida desechada alcanza los 1.339 millones de

kilos/litros. A nivel global, la cifra se eleva hasta los 1.300 millones de toneladas según datos de la FAO. Dicho de otro modo, esto significa que un tercio de los alimentos globales no llegan a utilizarse y que los recursos implicados en su producción, distribución y venta van a parar a la nada. Y

eso no es todo. Según un informe elaborado por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) de Naciones Unidas, solo el desperdicio alimentario causa el 10% de los gases de efecto invernadero. Ante estos datos, la pregunta es obligada: ¿cómo podemos acabar con el despilfarro de comida?

«A la semana, los españoles tiramos ni más ni menos que 26 millones de kilos de comida». Con este recordatorio, José Miguel Herrero Velasco, el director general de la industria alimentaria del Ministerio de Agricultura y Pesca daba inicio al Ecoencuentro sobre Desperdicio Alimentario organizado por El Corte Inglés y el portal Soziale en medio del ruido de la COP25 celebrada en Madrid. El encuentro reunió a un panel de expertos en el mundo de la alimentación y la sostenibilidad para abordar las distintas formas de combatir el desperdicio.

En España, 2018 fue un mal año para la lucha contra este problema: se incrementó el despilfarro en un 8,9% respecto al año anterior, alcanzando los 1.339 millones de kilos/litros. Para Herrero Velasco, este revés a una tendencia que llevaba años a la baja puede explicarse con las altas temperaturas registradas en primavera y verano que alcanzaron récords históricos. «Cuanto más suben los termómetros, antes se echan a perder los alimentos y mayor es el despilfarro», aclara. Sin embargo, para el representante del Ministerio, este factor no justifica algunos malos hábitos de consumo que, subraya, «son determinantes». En este sentido, la concienciación y la sensibilización suponen las primeras líneas de actuación del Gobierno, pero no la única. Aunque cauteloso, Herrero Velasco augura la creación de una ley para acabar con el desperdicio alimentario en la próxima legislatura.

Para Gema Escrivà de Romaní, directora general del Banco de Alimentos de Madrid, una regulación que permita llevar lo que restaurantes y negocios desechan a personas en situación de vulnerabilidad ayudaría a abordar el objetivo de acabar con el hambre. En todo el mundo millones de toneladas de alimentos acaban en la basura sin ni siquiera pasar por nuestro plato, mientras que el 10,5% de la humanidad sufre desnutrición. Por eso, uno de los Objetivos de Desarrollo Sostenible se orienta en garantizar el hambre cero.

Desde hace décadas, el Banco de Alimentos persigue este objetivo y, al año, se distribuyen más de 6 millones de kilos a más de 1,2 millones de personas. «En España, hay 2 millones de personas en situación de pobreza severa», recuerda la experta y, explica que desde la entidad se lucha contra el desperdicio redistribuyendo excedentes agrícolas y alimentos que van a echarse a perder. En este sentido, Escrivà de Romaní sugiere como primer paso recupere el valor de los alimentos.

El presidente de Madrid Restaurantes Sostenibles y jefe de sala del restaurante Coque, Diego Sandoval, coincide con esta idea: «el primer paso para acabar con el desperdicio es mirar hacia atrás, volver a la cocina de nuestros abuelos donde los alimentos se aprovechaban al máximo porque tenían un gran valor». Con este horizonte y la misión de convertir el sector de la restauración en uno más sostenible, nació en 2011 el movimiento colaborativo de Madrid Restaurantes Sostenibles que reúne a entidades, profesionales y empresas para transformar el sector en uno más respetuoso con el medio ambiente. Una de las actividades más recientes llevadas a cabo por el movimiento es el de utilizar los desechos alimentarios como compostaje para huertos propios.

Los malos hábitos de consumo son determinantes: en 2018 el volumen de comida y bebida desechada alcanzó los 1.339 millones de kilos/litros

En esta línea, El Corte Inglés también lleva años buscando nuevas e innovadoras soluciones. En 2012, la compañía, junto a 140 empresas miembros de la Asociación de Fabricantes y Distribuidores (AECOC), firmó un convenio de colaboración contra el desperdicio alimentario. Desde entonces, El Corte Inglés ha centrado su línea de actuación en tres grandes ejes: la prevención, la redistribución y revalorización y la sensibilización.

«Lo primero que decidimos mejorar es la eficacia en la cadena de distribución a través de herramientas que nos ayudan a casar la demanda real con la oferta», expone Eva Muñoz González, coordinadora del programa de distribución de El Corte Inglés. Y continúa: «también hemos revalorizado los productos que no son atractivos comercialmente y los hemos distribuido a entidades benéficas que los destinan a personas en situaciones vulnerables. Si no son aptos, se destinan a la alimentación animal».

Con todo, El Corte Inglés ha potenciado la concienciación y la sensibilización entre sus trabajadores y clientes. Muñoz González descifra uno de los ingredientes en los que se apoya la compañía en la lucha contra el cambio climático: «utilizar el sentido común». —

UNA DÉCADA PARA CONSERVAR *la naturaleza*

Un futuro en el que los humanos vivan en armonía con la naturaleza. Ese es el objetivo que se propuso, hace más de medio siglo, WWF España. Con el comienzo de la nueva década –que estará marcada por la crisis de biodiversidad causada por la emergencia climática–, la organización ecologista resume en seis imágenes su trabajo de recuperación de especies y sus éxitos más destacados en 2019.

Por Raquel Nogueira

Los paisajes de la península evocan la mirada cautivadora y enigmática de su animal más característico y maltratado, ese lobo ibérico que, en palabras de Félix Rodríguez de la Fuente, aúlla para expresar «la profundísima tristeza del corazón de una especie que dominó en medio mundo y que está al borde de la extinción». Pero también recuerdan la ternura de los cachorros de lince ibérico que, gracias a la perseverancia de los que aman la naturaleza, han logrado alejarse –con paso lento pero firme– de un destino trágico que parecía inevitable. O el vuelo majestuoso del águila pescadora, que observaba su desaparición desde las alturas. O las marismas

que conforman el parque natural protegido de Doñana y que hemos estado a punto de perder, al igual que podría suceder con las dehesas del Mediterráneo. Como tributo a la incalculable riqueza natural que se esconde por los rincones de nuestro país, la oenegé WWF empieza el 2020 con una selección de seis fotografías que dejan sobre la mesa un acuerdo ineludible entre personas y naturaleza, y que debería firmarse sin demora en esta década recién estrenada.

fotografía_



▲ **El lobo, icono de la vida salvaje y la conservación.** *Jorge Sierra*

Aunque los cuentos hablan de él como un ser maligno, y las historias de campesinos lo relegan a un asesino de colmillos afilados que acaba con los rebaños, WWF nos recuerda que, hace apenas treinta años, estuvimos a punto de perder al lobo ibérico, una especie emblemática de quien Rodríguez de la Fuente –vicepresidente de la oenegé en aquella época–, decía que no era, ni por asomo, el malo de la película. «El lobo es la antítesis de la crueldad o la maldad gratuita. Representa la más alta expresión entre los seres vivos del cooperativismo comunitario, la

fidelidad monolítica, la ternura, la protección a los cachorros y la defensa de los débiles», decía. Perseguido durante décadas por el desconocimiento de su imprescindible papel en la regulación de los ecosistemas, los conservacionistas, la directiva europea Habitats y, ahora, el proyecto *Life Euro Large Carnivores* liderado por WWF, han conseguido que su cuento tenga hoy un final algo más feliz de lo que se esperaba.

► **Sembrando dehesas.**

Ofelia de Pablo y Javier Zurita

Más que un ecosistema único en el Mediterráneo, una dehesa es un buen ejemplo del equilibrio entre naturaleza y desarrollo humano. En ella, la producción de alimentos y la generación de empleo se unen para asentar el tejido social rural y ofrecer servicios ambientales. Sin embargo, la pérdida de rentabilidad, la falta de apoyo administrativo y las condiciones del mercado han hecho que las dehesas atraviesen una crisis que pone en jaque su futuro. Para recuperar su salud y vitalidad, WWF España, Trashumancia y Naturaleza y ANP-WWF Portugal han impulsado *Sembrando Dehesas*, un proyecto a escala local que busca que productores, gestores del territorio y expertos creen un recetario de buenas prácticas para demostrar que otro modelo de gestión sostenible es posible.





▲ **Chinijo, uno de los últimos paraísos.**

Alexis Rivera.

«La presión turística es sinónimo de desarrollo, pero también supone la mayor amenaza a la conservación de los valores naturales protegidos». La oenegé ecologista advierte así de los peligros a los que se enfrenta el archipiélago paradisíaco de Chinijo, situado en la isla de La Graciosa (Lanzarote, Canarias). Se trata de uno de los últimos refugios de las especies de rapaces amenazadas en las islas y es, además, una inmensa fuente de biodiversidad marina y terrestre, tanto a nivel biológico como geológico. La contaminación marina –WWF lleva dos

décadas recogiendo alrededor de 30 toneladas de plásticos en sus orillas cada año–, la sobrepesca, la caza furtiva, el turismo incontrolado o la inexistencia de unas normas de conservación consensuadas hacen que el frágil equilibrio natural penda de un hilo y perturban la paz de especies como el guincho o el águila pescadora, a punto de ser declarada en peligro de extinción.



◀ **Doñana, 50 años de lucha por su supervivencia.**

Diego López

El año pasado se cumplía medio siglo desde que las 35.000 hectáreas de marismas de esta joya de la naturaleza se convirtiesen en espacio protegido. La historia de Doñana –el mayor refugio migratorio de aves de toda Europa– forma parte de las raíces de WWF España: ambos navegan juntos desde entonces para acabar con las amenazas que ponen en peligro este ecosistema, entre las que se encuentran el robo de agua y de tierras, los pozos ilegales o los nuevos proyectos de carreteras. ¿Podría la decisión de Tribunal Supremo de bloquear definitivamente el dragado del Guadalquivir garantizar la supervivencia de este patrimonio de la humanidad?



◀ **Los guardianes del mar.** *Pam Ruiter*

La despensa marina del Mediterráneo se agota. En él, la merluza o la caballa desaparecen a ritmos nunca vistos –se calcula que más del 80% de las pesquerías están sobreexplotadas– y confirman la insostenibilidad del modelo de pesca actual. Por eso, la organización ecologista apuesta por una gestión compartida que fomente espacios de trabajo en los que participen todos los implicados y que aúne el conocimiento tradicional de pescadores y mariscadores con los estudios biológicos. Todo ello con el fin de encontrar soluciones a los retos comunes que amenazan nuestras costas para asegurar el futuro del sector y de la biodiversidad marina.



▲ **El lince, la joya ibérica.** *Sergio Marijuan*

Queen y Quijote juegan despreocupados. Con apenas once meses de vida, no son conscientes del papel clave que representan para la supervivencia de su especie. Su madre, Odrina, fue la primera lince nacida en libertad en Sierra Morena, y sus dos pequeños cachorros dan testimonio del éxito del proyecto *LIGE Iberlince* –en el que participa WWF–, que pone de manifiesto que la conservación y recuperación del lince

ibérico es factible. Aunque su supervivencia no está aún asegurada, sí se aleja lentamente del horizonte de la extinción: si hace 18 años solo quedaban 92 ejemplares de lince en la naturaleza, hoy ya son 700 los que campan libres por la península.



fotografía_Manuel Braun

PERFIL

THOMAS PIKETTY

IDEAS PARA

resetear el sistema

Debemos tejer una gran alianza global basada en la cooperación que sirva, de verdad, para reducir esas desigualdades que ponen en jaque al sistema. Esa es la tesis que recorre las páginas de 'Capital e ideología' (Deusto), la nueva obra del economista francés Thomas Piketty, con quien Ethic, junto a un grupo de periodistas, tuvo la oportunidad de charlar con motivo de la presentación de su libro en el Institut Français de Madrid.

Por Raquel Nogueira

Francia. Diciembre de 2019. El pulso entre sindicatos y el Gobierno galo por la reforma del sistema de pensiones pone en jaque toda la red de transportes del país. «Siento mucho el retraso, pero ya sabéis cómo están los aeropuertos ahora mismo...», se disculpa Thomas Piketty (Francia, 1971) que llega al *Institut Français* de Madrid en una visita fugaz tras más de una hora de espera para subirse al avión en París. Los flashes de los fotógrafos –ansiosos por retratarlo antes de que comience su encuentro en *petit comité* con una veintena de periodistas–,

generan unos breves minutos de tensión. Superada su incomodidad con las cámaras, exacerbada más aún por las prisas, el *rockstar* de la economía –como lo ha definido *The Guardian*– procede a tomar la palabra e ir al grano: «Para abordar los problemas del presente tenemos que hacer una reflexión histórica sobre las desigualdades e injusticias originadas por los distintos regímenes». Piketty –quien hace cinco años rechazó la Legión de Honor que otorga el ejecutivo galo por la incongruencia que veía en que un gobierno decidiese quién es o no honorable–, habla de econo-

mía más allá de los números, de lo micro y de lo macro. «Para mí, se trata de una ciencia social y moral, pero no la tratamos como tal. No estamos intentando enviar un cohete a la luna: la economía debería ser simple y los historiadores, los politólogos y los sociólogos han de trabajar mano a mano con los economistas», dice tras disculparse por su pronunciado acento francés.

De esa visión tan particular de lo económico que tiene Piketty emana su último y extenso libro, *Capital e ideología* (Deusto), que se perfila como un hito en la nueva narrativa sobre la desigualdad económica, social, intelectual y política en el mundo. Más de mil doscientas páginas que detallan e ilustran, según su autor, «la historia de los sistemas de justificación y de estructuración de la desigualdad social, desde las sociedades trifuncionales y esclavistas antiguas, hasta las sociedades poscoloniales e hipercapitalistas modernas». Si para Engels y Marx la historia de todas las sociedades era la historia de la lucha de clases, para Piketty sería la lucha de las ideologías y la búsqueda de la justicia. «El discurso meritocrático y empresarial es, a menudo, una cómoda manera de justificar cualquier nivel de desigualdad por parte de los ganadores del sistema económico actual, sin siquiera tener que someterlo a examen, así como de estigmatizar a los perdedores por su falta de méritos, de talento y de diligencia», explica el profesor de la Paris School of Economics, que también recalca la peculiaridad de los sistemas económicos actuales, que ponen en el centro de la diana a las personas más vulnerables. «La culpabilización de los más pobres no existía o, al menos, no con esta magnitud, en los regímenes desiguales del pasado», explica, y concluye que el aumento de la desigualdad es la gasolina que alimenta los conflictos y, para él, no sería ni económica ni tecnológica, sino ideológica y política.

Este ensayo histórico-económico desmonta el relato del capitalismo puro para acercarnos a una propuesta, basada en un nuevo socialismo económico que viaje de la mano del federalismo global. A tal conclusión llega tras vislumbrar, con su estudio, una realidad en la que apenas se ha puesto el foco: desde finales del siglo XIX y hasta mediados del XX, las desigualdades a nivel mundial empezaron a reducirse de manera considerable, hasta que se impuso el nuevo modelo económico implantado por Reagan. «Fue un fracaso absoluto que ha derivado en la agitación política y la frustración económica actual en Estados Unidos y Gran Bretaña», mantiene Piketty, que recuerda cómo su onda expansiva repercutió en el resto de países, se implantase o no el *reaganismo*. Tras ello, la década de los 80 marcó el resurgir de las diferencias sociales donde la caída del Telón de Acero «puso los cimientos para el auge de un hipercapitalismo excesivo», según sus palabras, produciéndose un movimiento ideológico completamente antagónico al comunismo que rompe con él de forma radical. Si, como asegura Piketty, la historia de la humanidad puede considerarse también la de la



«Podemos demostrar que hay otra forma de pagar impuestos y de redistribuir riqueza»

búsqueda de la justicia, «la alternativa al capitalismo de hoy sería el socialismo económico, pues se trataría de un sistema más justo alejado de los polos comunistas y capitalistas».

Tras la gran crisis de 2008 cuyos ecos aún resuenan, un nuevo movimiento en pro de la redistribución de la riqueza empezó a brotar. En la teoría que dibuja el economista galo, una pequeña chispa como esa podría encender la llama del cambio y la transformación total que, de forma sosegada, permitiría ir más allá y crear de cero ese nuevo sistema económico. «Estoy convencido de que es posible superar el capitalismo y la propiedad privada y construir una sociedad justa basada en el socialismo participativo y el federalismo social», asegura. Un proceso «el de repensar la economía de mercado tal y como la conocíamos hasta ahora» en el que estamos inmersos desde que la burbuja financiera explotara. Fue en ese momento cuando movilizaciones como Occupy Wall Street o el 15M pusieron sobre la mesa la cuestión de cómo redistribuir la riqueza que, trasladada a la teoría *pikettiana*, encontraría su



homólogo en ese socialismo participativo que radica en «un sistema descentralizado que realmente permita a la ciudadanía participar en la toma de decisiones políticas y económicas».

«La superación del capitalismo y la propiedad privada también pasa por organizar la mundialización de otra manera, con tratados de cooperación al desarrollo que giren en torno a objetivos cuantificados de justicia social, fiscal y climática, cuyo cumplimiento condicione el mantenimiento de los intercambios comerciales y de los flujos financieros», plantea Piketty. No en vano, su nuevo libro disecciona todas las paradojas de la desigualdad y las analiza poniendo el foco en cómo la globalización, unida al hipercapitalismo, las ha acrecentado.

Como ejemplo de ello, el autor recuerda que protestas como las que el año pasado tuvieron lugar en Chile, Líbano o Francia, «surgen de la sensación de que la globalización, que se suponía iba a ser buena para todos, tan solo beneficia a los que ya son poderosos». Los problemas a los que se enfrenta la humanidad han dejado de ser locales o nacionales para convertirse en mundiales y, por eso, el economista recupera un concepto que ya en 1989 proponía el jurista francés Vlad Constantinesco: el *federalismo global*, que se presenta como una solución basada en la cooperación de los Estados, que dejarían de competir entre ellos para avanzar de la mano, alejándose de esa corriente de pensamiento del todos contra todos. «Para problemas globales necesitamos soluciones globales. Por eso, las cumbres de las Naciones Unidas, a pesar de ser frustrantes y decepcionantes, nos dan una sensación de pertenencia que no tendríamos de otra manera», explica.

«UNIÓN DENTRO DE LA UNIÓN» PARA UNA SOCIEDAD GLOBAL

«Es imprescindible repensar la organización de las relaciones entre países, porque lo que hemos venido haciendo ya no funciona. No podemos firmar tratados que solo hablen de libre comercio, sino que hay que tener en cuenta los Objetivos de Desarrollo Sostenible, las emisiones reales, los impuestos, y un largo etcétera», sostiene el francés. Alguien debe liderar ese cambio y, puesto que hoy Estados Unidos —buque insignia del capitalismo— no parece estar por la labor, el economista cree que podría ser un buen momento para que, como complemento al *Green Deal*, fuese la UE quien tomase las riendas de esta nueva era. «Si cambiamos la manera en que Europa entiende el sistema tributario, por ejemplo, podemos demostrar que hay otra forma de pagar impuestos y de redistribuir riqueza, y podremos “exportar” esa manera de entender la economía», asegura. Piketty apuesta por una «unión dentro de la Unión», en la que países como España, Francia, Alemania e Italia —aunque cualquier combinación podría servir— construyan unas instituciones propias con las que regulen un sistema económico e impositivo cien por cien común. «Nos hemos obcecado con una idea absurda: esperar a que haya una respuesta unánime y coordinada en toda Europa o en todo el mundo, y eso no va a ocurrir si nadie sirve como ejemplo», concluye.

Con esos mimbres, el federalismo global que defiende Piketty podría llegar a ser una solución también al problema de los nacionalismos. El economista pone de relieve cómo, en el caso de nuestro país, «la politización de la cuestión catalana habría sido totalmente distinta si la parte esencial de los impuestos pagados por las rentas altas catalanas



«No podemos firmar tratados internacionales que solo hablen de libre comercio: deben tener en cuenta los ODS, las emisiones reales y los impuestos»

alimentara a un presupuesto federal europeo, como es el caso en EE.UU.». En ese caso, según su razonamiento, para los independentistas, la salida de España tendría un interés limitado desde el punto de vista económico. «Si separarse de España supusiera seguir pagando los mismos impuestos, ¿habría independencia?», se pregunta Piketty.

El hilo que teje sus teorías es que la deconstrucción crítica de izquierdas y derechas —y del capitalismo a nivel mundial— son fundamentales para alcanzar un socialismo participativo real que construya una sociedad más justa e igualitaria. Para ello, Piketty apuesta por romper con el relato «propietaria, empresarial y meritocrático» dominante en las sociedades contemporáneas y que asume que «la desigualdad moderna es justa, puesto que deriva de un proceso libremente elegido en el que todos tenemos las mismas posibilidades de acceder al mercado y a la propiedad». Su libro se configura así como una reflexión crítica de los cimientos sobre los que se erige la sociedad en la que vivimos: «Todos obtenemos un beneficio espontáneo de la acumulación de riqueza de los más ricos, que son también los más emprendedores, los que más lo merecen y los más útiles», termina el economista. ¿O no? _

LA PEOR PARTE

La intimidad del recuerdo y la pena, infinita, que provoca la ausencia. Fernando Savater (San Sebastián, 1947), desnudo y con el corazón en un puño, retrata cómo el dolor se ha instalado, implacable, en su vida, desde que en 2015 muriese Sara Torres -Pelo Cohete, para los amigos-, su mujer y gran amor de su vida. Reproducimos un extracto de 'La peor parte: memoria de amor' (Ariel), el último libro del gran pensador vasco.

Para evitarnos rodeos, el comienzo del final de lo bueno de mi vida fue el diagnóstico fatal a Pelo Cohete (algunos de sus amigos y luego yo mismo la llamábamos así porque en la época estudiantil en que la conocí llevaba a veces un pelo erguido tipo cresta punki). Después vinieron nueve meses de pesadilla terapéutica cada vez más horrible y, finalmente, el apagón. La muerte de mi mujer, del amor de mi vida, del amor en mi vida, de mi amor a la vida. La caída irremediable en el océano de la desgracia. Aquí debiera venir el punto final: el resto es silencio. Hubiera sido lo más decente, lo único presentable. Si tres o cuatro años atrás alguien me hubiera dicho que iba a seguir viviendo más o menos como si nada en la hipótesis

absurda de que Pelo Cohete muriese, le hubiera partido la cara. Su muerte (impensable, increíble, inasumible hasta como hipótesis fantástica del género macabro que tanto nos gustaba a ella y a mí) decidiría la mía con la inexorabilidad de cualquier ley física, natural. De hecho, lo que me preocupaba era lo contrario, qué sería de ella si, como parecía biológicamente lógico (y, por mi parte, decididamente deseable), yo moría antes. ¿No haría, llegado el caso, ningún disparate? Siempre me decía que no temía a la muerte («y

no como tú», añadía con su sonrisilla entre tierna y fatua que tanto echo de menos), que más bien la había deseado muchas veces, desde niña. Y que, por supuesto, no pensaba sobrevivir a mi pérdida, ya se encargaría ella del asunto. Coño, era muy capaz. Lo único que me hacía realmente insoportable el pensamiento de morir (idea siempre intimidatoria, pero para mí ya asumible de puro obsesiva) era dejarla sola, desolada, empujada a quitarse la vida. Otras veces me daba por pensar qué sentiría al ver mi rostro después de muerto. Ella, que ponía tanto celo en que me diera potingues para suavizar las arrugas, a la que nunca se le escapaba nada de mi aspecto («¡qué mala cara tenías ayer! Parecías muy cansado»), cuando me viera con la mala cara final... Me subleva la idea de que alguien me vea muerto, sobre todo entonces ella. Me da vergüenza. Es una especie de abandono imperdonable. Quizá por eso Montaigne prefería morir lejos de los suyos, entre desconocidos: a quien no nos ha visto vivir le resulta irrelevante vernos muertos. Que debería ser yo quien la viese muerta, para recordarla así siempre, y yo quien la viese agonizar, sufrir, extinguirse ante mis ojos, hundirse en la nada como en la negrura del océano, impotente para ayudarla, aumentando sus padecimientos con mis temblores y torpezas... Eso, afortunadamente, nunca lo imaginé. Me pilló de improviso. Egoísta hasta el final -es decir, optimista-, me preocupaba medio hipócritamente por ella, pensando que le iba a tocar el mal trago de mi muerte, la cual, por suerte, tendría el lado bueno de ahorrarme el espanto de la suya. Nunca he sabido ponerme en lo peor, aunque me las doy de pesimista (¿cómo se reía por esa pretensión Cioran de mí!), hasta que llega. Siempre llega y entonces nos enteramos de en qué consiste lo peor. Ahora ya he aprendido la lección... o eso creo, al menos. ¿Seguiré siendo optimista, un optimista destrozado?

La pasión y muerte de Pelo Cohete, su calvario atroz, asistir al sufrimiento de la persona a la que nunca soporté ver sufrir lo más mínimo, que lo sabía y conseguía lo que quisiera de mí con una lágrima, con un puchero, me enseñó también muchas más cosas terriblemente importantes y definitivas sobre mí, sobre el mundo. En primer lugar, que perder las ganas de vivir no significa tener más ganas de morir que de costumbre. Yo había creído, de modo más o menos consciente, que el apego a la vida y el deseo de muerte eran vasos comunicantes, de modo que el descenso de nivel de uno significaba el aumento del otro. Pero no es exactamente así. Por seguir con la comparación, ambos vasos pueden estar casi vacíos a la vez, aunque en cambio no es posible que estén llenos al unísono. Con la pérdida de mi amada, perdí también el afán de futuro y sobre todo el regocijo de la vida, pero seguí sintiendo la habitual antipatía por la muerte. Es como cuando padecemos un fuerte catarro nasal que embota nuestro sentido del gusto: seguimos teniendo apetito y nos atrae el aspecto de los platos preferidos, pero al probarlos vemos que han perdido su sabor y así nos aburrirnos pronto de comer.

Las tareas de la vida que siempre me fueron gratas me lo siguen pareciendo, pero en cuanto las emprendo constato que se han convertido en algo insulso, átono, fatigoso e insignificante. Quizá el placer de la lectura sea la única excepción, incluso diría que ahora se ve reforzado por la deserción de los demás. En cambio, escribir se ha convertido en un gesto vacío porque ya no puede alcanzar su objetivo natural: ser leído y aprobado por ella. Desde hace treinta años, yo escribía para que ella me quisiera más: habría cambiado el Cervantes y el Nobel sin dudarle por su sonrisa al terminar una página y la forma algo pícaro en que me decía: «Qué bueno, ¿no?». No solo los elogios sino su crítica, que podía ser inmisericorde y casi siempre diabólicamente certera,

también me estimulaba (después de irritarme, lo admito) y me daba fuerzas, porque yo sabía que su censura venía de que no aceptaba verme deficiente, ambiguo, ñoño. Le gustaba sobre todo mi capacidad de condensar los argumentos de una larga charla en pocas líneas y de forma clara. Si me señalaba un párrafo con su inapelable «eso no se entiende bien», había que volver a escribirlo, sin remedio; yo sabía de sobra que si ella no lo captaba de inmediato, ningún otro lector lo haría ni en diez años.

Vivir sin alegría ha sido una experiencia nueva para mí, una ruptura con mi yo anterior. Estaba acostumbrado a despertar siempre como cuando era niño, con un latente «¡vaya, otra vez!» gorgjeando dentro. Y con el litúrgico «¿qué pasará?» con el que acababa cada episodio de cualquiera de los tebeos que tanto me gustaban y que leía puntualmente cada sábado por la noche. Yo sabía que había esperar mil peripecias divertidas, pero que nada irreparable le ocurriría al protagonista, o sea, a mí. Aunque me quejaba, lloraba y maldecía como todo el mundo, jamás me lo creí; la vida me parecía estupenda, a veces algo horrible, sin duda, pero no menos estupenda, como una buena película de terror tipo *Alien* o *La semilla del diablo*. Incluso en mis peores momentos, en la tortura del cólico nefrítico, en el hastío de un cóctel formal o una conferencia académica (son las peores experiencias que a bote pronto puedo recordar), sonaba como fondo de mi ánimo el *basso ostinato* de la alegría aunque ni siquiera yo pudiese darme cuenta. Ha sido al dejar de oír ese íntimo hilo musical cuando, tras la inicial extrañeza, me he dado cuenta de lo que había perdido. «Reconocí a la alegría por el ruido que hizo al marcharse», dijo Jacques Prévert (el poeta preferido de Pelo Cohete cuando la conocí), y podría hacer mía esa constatación. No se ha tratado de mudar mi estado de ánimo a otro menos agradable, sino de quedarme sin mi combustible existencial, sin lo que me permitía aguantar, inventar, querer, luchar. Hasta entonces nunca hice nada sin alegría, como de sí mismo dijo Montaigne. Ahora tengo que acostumbrarme a ir tirando, tirando de mí mismo, de residuos del pasado. Puedo jurar con la mano en el corazón que no he vuelto a ser feliz de verdad, íntimamente, como antes lo era cada día, ni un solo momento desde que supe de la enfermedad de Pelo Cohete. No sé cuánto durará esta sequía atroz, porque creo que es imposible vivir así. Para mí, imposible. Cuando me preguntan qué tal me encuentro, siento ganas de contestar lo mismo que aquel torero del XIX al que los de su cuadrilla le hicieron esa pregunta mientras le llevaban a la enfermería tras una cornada mortal: «¿Z'acabó er carbón!». _



EN UN MUNDO HIPERCONECTADO

¿Qué efectos tiene la sociedad hiperconectada en los menores? ¿Cómo influye en su educación y en sus aptitudes? ¿Cómo pueden aprender los más pequeños a hacer un uso responsable de las nuevas tecnologías? Ethic y Telefónica reunieron en el Impact Hub Madrid a un reconocido grupo de expertos para encontrar respuestas a unas preguntas clave para entender el siglo XXI.

Por Guadalupe Bécares

Unos padres revisan el historial del navegador de su hija adolescente. En él, se suceden páginas acerca de la vida como *trans*. Cuando, a la mañana siguiente, se reúnen en la mesa de la cocina a tratar el asunto –hay cosas que no cambian–, ambos intentan mostrarle su apoyo diciéndole que siempre la querrán, sin importar su género. Ella, azorada, les saca de su error: no se siente cómoda en su cuerpo, pero no es transexual, es *trans...* humana. Quiere dejar atrás su carne y descargar su personalidad en la nube para ser datos. Aterrada ante lo que ve como un eufemismo tecnológico del suicidio, su madre le promete

que cortará su conexión y se volverá analógica si hace falta para quitarle esas ideas de la cabeza.

Esa es una de las primeras realidades distópicas que se plantean en *Years and years*, la miniserie de HBO que nos pone ante un espejo para hacernos ver cómo podremos ser –o seremos– en un puñado de años si no abordamos los retos populistas, climáticos y tecnológicos. El personaje de

la joven Bethany Bisme-Lyons, incapaz de separarse de su teléfono y de los filtros de *Snapchat*, refleja una situación extrema, pero no tan diferente de la que ya se vive en los hogares: niños con acceso a tecnologías cada vez más potentes en un mundo digital que cambia y crece incluso más rápido que ellos.

Como sucede casi siempre, el dilema –y las primeras y cruciales decisiones– sobre la cuestión lo tienen sus padres. ¿Cuándo comprarle su primer móvil? ¿Debo supervisar las aplicaciones que se descargan? ¿Cuánto tiempo puedo dejarles la tablet? «Con los menores no existen reglas escritas: cuando surgen nuevas formas de entender la sociedad, los padres tenemos que vencer nuestros miedos. Si ponemos trabas al aprendizaje digital nos perdemos una parte importante de la vida de nuestros hijos porque, aunque los tiempos cambien, los valores que debemos inculcarles son los mismos», introducía Elena Valderrábano, directora global de Ética Corporativa y Sostenibilidad de Telefónica, al inicio del debate *Los menores en la sociedad hiperconectada*. El encuentro, organizado por *Ethic* en colaboración con la empresa de telecomunicaciones, reunió a expertos en educación y tecnología para abordar cómo gestionar el entorno digital en el que nadan los más pequeños.

Se trata de una cuestión de límites tan difusos como el mar, a la que se suma la brecha de conocimientos entre los niños que han nacido con el *smartphone* bajo el brazo y unos padres que no siempre conocen las posibilidades de unos dispositivos cada vez más inteligentes. «Tenemos que aprender cómo funciona el mundo digital para poder aconsejar a nuestros hijos, teniendo en cuenta cómo es el mundo y cómo son ellos. No lo hacemos genial, pero tampoco tan mal como nos dicen continuamente», sostenía la periodista experta en ciudadanía digital María Zabala en una cierta llamada al optimismo. «Se trata de entender la infancia y la adolescencia que les ha tocado vivir, con unos riesgos y oportunidades diferentes a la nuestra. Por eso tenemos que asumir nuestro papel como adultos responsables y saber que nos toca informarnos y aprender», concluye.

Acostumbrarse a utilizar los dispositivos de última generación, explorar las aplicaciones populares entre los adolescentes –TikTok superaba en noviembre los 1.500 millones de descargas– o saber cómo configurar los sistemas de control parental son algunos de los deberes que los hijos ponen a sus progenitores, pero no son los únicos. «Internet es una herramienta para ejercer los derechos fundamentales, pero también es un entorno en el que se pueden vulnerar: un delito de lesiones se puede generar a través de la red, igual que se puede violar el derecho a la intimidad, la protección de datos, la libertad de expresión o de información», advertía Ofelia Tejerina, abogada y presidenta de la Asociación de Internautas. Con ello, la experta ponía sobre la mesa la diferencia entre que los menores tengan derecho a un acceso seguro a Internet y que este sea objeto de reclamación en los tribunales, aunque hoy las discusiones por el tiempo de uso de los teléfonos y tabletas sean tan habituales como lo eran las que se producían por la hora de llegada a casa en tiempos más analógicos.

Los habituales titulares informando de graves casos de *ciberbullying* –según Unicef, en España al menos dos menores en cada aula sufren acoso o violencia en internet– y de delitos sexuales hacen que los padres estén más concienciados ante los peligros de las redes que de sus beneficios. «Al hablar de protección se habla de prohibir, controlar, su-



**Elena
Valderrábano:**
*«Si ponemos
trabas al
aprendizaje
digital nos
perdemos una
parte importante
de la vida de
nuestros hijos»*

pervisar... Pero hay que poner el foco en formar, capacitar, reflexionar y ayudar. La protección del menor requiere estrategias que tienen que ir acorde a sus necesidades y su madurez», resaltaba en la misma línea Ana Santos, responsable de la Oficina de Seguridad del Internauta (OSI) de Incibe, que hacía hincapié en el concepto de responsabilidad compartida. «Tenemos que fomentar conductas de respeto o tolerancia en las redes, potenciar el uso equilibrado en tiempo y contenidos y ayudarles a buscar información veraz, además de enseñarles a pedir ayuda si les ocurre algo. Una actuación integral que tiene que hacerse desde muchos ámbitos de la sociedad, desde la escuela a la policía o los proveedores de servicios de telecomunicaciones», reclamaba.

EDUCACIÓN DIGITAL EN LA SOCIEDAD LÍQUIDA

Sin embargo, encontrar el equilibrio entre el uso responsable y la protección de los menores no es fácil. A finales del pasado mes de diciembre, la Comunidad de Madrid anunciaba que modificará la normativa autonómica para prohibir el uso



Arriba: Antonio Milán y Ofelia Tejerina. Abajo, de izquierda a derecha: Fernando Cerro, María Zabala, Elena Valderrábano y Antonio Milán

de teléfonos móviles en las aulas a partir del próximo curso –hasta ahora, competencia de cada centro–. Según sus impulsores, la medida está destinada a «mejorar los resultados académicos de los alumnos y luchar contra el ciberacoso», razón por la que se prohibirá de forma explícita el uso de teléfonos y dispositivos electrónicos en los periodos lectivos.

El anuncio del ejecutivo madrileño pone de nuevo sobre la mesa el debate acerca del uso didáctico de la tecnología, defendida por algunos docentes y objeto de estudio –y recelo– para neuropsicólogos que bareman su impacto en las etapas tempranas del desarrollo ce-

rebral del niño. «No podemos demonizar las redes sociales porque, si lo hacemos, nuestros hijos nos ponen en el bando enemigo. La tecnología es una oportunidad de desarrollo personal y, aunque estos temas nos inquieten, tenemos que acabar con el miedo que nos provocan», pedía Antonio Milán, doctor en Educación y experto en educación y uso de las nuevas tecnologías. Sin embargo, también alertaba sobre el papel que juega la red en comportamien-



María Zabala y Elena Valderrábano en el encuentro de Telefónica y Ethic en Impact Hub

tos autolesivos en casos de anorexia o bulimia y también en la proliferación de las apuestas deportivas, una nueva y peligrosa forma de ocio entre los adolescentes. «Hay que saber transmitir las oportunidades sin obviar los riesgos: fomentemos que sigan cuentas de personas que les inspiren a conseguir sus sueños, que aprendan a contar historias. No ha cambiado el qué sino el cómo», concluía.

Estos nuevos relatos tienen unos claros protagonistas: los *influencers*, nuevas figuras de referencia para los más jóvenes, que ya no solo se fijan en actores, deportistas o cantantes para erigirlos como ídolos. Con las visualizaciones y los *likes* de cientos de miles –incluso millones– de seguidores, también son un escaparate de lujo para las marcas. «El problema no es que influyan en los hábitos de consumo de los menores, sino que lo hagan en actitudes de la vida con unos contenidos que no están hechos para ellos. Los padres deberían saber qué ven y qué no: al final, es controlar su entorno, pero sabiendo que este hoy es muy grande», advierte Fernando Cerro, cofundador y CEO en Influencialia.

Al final, los dramas cotidianos y miedos de los púberes y de sus padres no son tan diferentes a los de siempre, aunque ahora la tecnología haya desdibujado los límites de su mundo. «Las adolescentes de los ochenta y los noventa comprábamos todas la *Superpop* y no era precisamente por sus entrevistas culturales. No todos los adolescentes pueden tener interés en Kafka y no podemos pretender que les guste lo que nosotros queremos», concluye María Zabala. Pero, en medio de la queja sobre la frivolidad de las redes y la alerta constante sobre sus peligros, también se perfilan nuevos horizontes en otro tipo de entretenimiento: por ejemplo, el vídeo de Ter –quien acumula más



TikTok, la red de moda entre los adolescentes, supera los 1.500 millones de descargas

de 700.000 suscriptores en YouTube– explicando las razones arquitectónicas del derrumbe de Notre Dame pasa ya del millón de reproducciones. Los de Jaime Altozano –con casi dos millones de suscriptores– analizando el algoritmo de Shazam o las modas musicales desde los años cincuenta suman casi cuatro millones de visitas. _



Definir una educación ambiental activa, fomentar la presencia transversal del medio ambiente de forma curricular y comprometernos con el futuro. Es hora de actuar.

Por Óscar Martín,
consejero delegado de Ecoembes

Cuando aún nos encontramos en plena resaca pos-COP25, haciendo análisis de todo lo conseguido –y, también, de lo no– durante esas dos intensas semanas en las que Madrid se convertía en capital mundial del medio ambiente, no podemos obviar cuál ha sido la gran conclusión alcanzada: sin educación, compromiso y colaboración, no hay futuro posible.

Y esa conclusión se ha convertido, a su vez, en una exigencia por parte de los más jóvenes, que durante este año han unido sus voces pidiendo, precisamente, un consenso de todas las partes implicadas para hacer posible ese futuro, el único posible. Durante la Cumbre del Clima vimos a más de 500.000 personas –muchas de ellas, jóvenes– movilizándose en la Marcha por el Clima de Madrid con carteles en los que ponían «que cambie el sistema, no el clima» o «porque no hay planeta B». El mensaje estaba claro: ya no basta con pensar en el futuro, hay que actuar para cambiarlo.

Estos jóvenes, que pertenecen a una generación en la que el respeto al medio ambiente cobra –por primera vez– protagonismo, son el mejor ejemplo de que el futuro del planeta pasa, necesariamente, por integrar el medio ambiente en la educación de una manera efectiva y real. Si queremos prevenir el cambio climático, concienciar a la población sobre consumo responsable y reciclaje, generar hábitos sostenibles y luchar contra la *basuraleza*, es necesario definir cuanto antes una educación ambiental activa, esforzarnos por explicar a los niños que ha llegado el momento de cambiar nuestra manera de vivir. Un reto que pasa, sí o sí, por implantar políticas que doten de las herramientas necesarias para construir ese compromiso desde las aulas. En la COP25 ya se dio un pequeño paso con la presentación del informe sobre educación ambiental en España realizado por la Red Española de Desarrollo Sostenible (REDS) en el que Ecoembes ha colaborado.

Esto demuestra que somos muchas las organizaciones que llevamos años apostando porque la educación ambiental tenga el papel que se merece, pero aún necesitamos que entidades como el Ministerio de Educación se sumen a esos esfuerzos para que esa voluntad se convierta en una realidad. Desde Ecoembes, y en la medida de nuestras posibilidades, perseguimos este objetivo con *Naturaliza*, un proyecto que pretende fomentar la presencia transversal del medio ambiente de forma curricular, además de propiciar un mayor contacto de los alum-



*«Sin educación,
compromiso y
colaboración,
no hay futuro
posible»*

nos con la naturaleza. *Naturaliza* ya está dando una «mirada» ambiental a los niños y niñas de más de 450 colegios de toda España, un primer paso que nos da esperanza y, a la vez, nos impulsa a seguir trabajando en ello. Porque los jóvenes que hoy se movilizan por el planeta también fueron niños.

La generación actual está dando los primeros pasos, alzando la voz y reclamando soluciones. Su compromiso nos da esperanza y, a la vez, nos obliga –y sí, digo obliga, porque no podemos mirar para otro lado– a hacernos partícipes de su lucha. No podemos dejarles solos. Tenemos más motivos que nunca: miremos hacia el futuro y actuemos pensando en las generaciones que estarán en él. _



fotografía_Noemí del Val

ENTREVISTA

«LAS DEMOCRACIAS NO PARECEN PREPARADAS PARA
AFRONTAR LA EMERGENCIA CLIMÁTICA»

AMELIA Valcárcel

Si tuviéramos que elegir un único adjetivo que la definiera, sería «inabarcable». El vasto conocimiento de Amelia Valcárcel (Madrid, 1950) se suma a su habilidad para reunir serenidad, contundencia y una finísima ironía en cada una de sus respuestas. La filósofa, escritora y una de las máximas exponentes del feminismo en España es también catedrática de Filosofía Moral y Política en la UNED, patrona del Museo del Prado y, desde 2006, la segunda mujer miembro del Consejo de Estado. Nos reunimos con ella en la cafetería del Círculo de Bellas Artes, en pleno corazón madrileño, entre esculturas, cuadros y frescos de principios del siglo XX.

Por Laura Zamarriego

Sostienes que la ética surge solo en determinados periodos históricos, como la Ilustración, cuando el relativismo amenaza. ¿Consideras que el momento actual, en el que rebrotan extremismos y nacionalismos, es uno de ellos?

El momento actual es un momento de globalización. Y esta vez de globalización verdadera, no de globalización parcial, como han sido todas las globalizaciones anteriores, incluso todas las llevadas a cabo en el siglo XIX, que asisten al momento en que comunicativamente el planeta se hace más homogéneo. Primero, mediante las nuevas comunicaciones, por el ferrocarril, por la navegación a vapor y después por la señal de radio. Ese fue un momento global fortísimo, pero produjo cataclismos políticos. Por ejemplo, los fascismos. Los momentos fuertes de globalización no suelen ser pacíficos. La idea en que se estaba después de la Declaración del 48 es que llegaríamos a

un momento global de derechos humanos universales por todo el mundo reconocidos, además de una extensión progresiva de la democracia. No está siendo así. Tenemos delante un auge de los populismos, pero naturalmente eso solo sucede en las democracias, y las democracias son minoría en el planeta. La mayor parte de sociedades parlamentarias son autocracias, por número de habitantes. China es la mayor de las autocracias. Y algunas son solo democracias de nombre, pero no lo son eficazmente porque no mantienen ninguno de sus valores. No sabemos si están sonando las trompetas del Apocalipsis, porque se suman muchas cosas: la emergencia climática es un desafío de primer orden para

«El feminismo es un enorme educador moral»

el que las democracias tampoco parecen especialmente preparadas, y por el que las autocracias se desinteresan. Si quisiéramos ver el panorama oscuro tendríamos razones para ello, pero de la visión de panoramas oscuros generalmente no se consigue nada, entonces más vale que intentemos ver aquello que nos dé cierta esperanza.

En las últimas décadas se han producido un buen número de películas distópicas sobre el colapso ambiental. Obviando el lenguaje catastrofista, de ficción, estamos viendo cómo el mar «engulle» algunas islas del Pacífico por culpa del calentamiento global. ¿Son las distopías una expresión de los límites de lo posible?

Yo lo que he estudiado bien son las utopías. Las utopías del Renacimiento. Las distopías son una tradición que empieza en el siglo XX, y lo único que cabe decir de eso es que el siglo XX ha sido fecundo en distopías; por lo menos tenemos tres o cuatro importantes y bien reflejadas, que luego pasan al relato popular, por no decir al cine B, en forma de catastrofismo. Pero relacionarlo con la realidad más allá de eso... Conozco suficientemente bien períodos de tiempo donde un mundo estaba cerrándose –el Imperio romano, por ejemplo– y lo que sé es que, cada vez que una sociedad habla muy a menudo del fin del mundo, ese mundo está a punto de finalizar. No el mundo en general, sino *ese* mundo. La obsesión por el fin del mundo suele indicar que quien la posee se cree realmente ante un fuerte peligro.

Hablemos de realidades. Un dron se puede usar para intervenir en un desastre natural o como arma militar. ¿Qué debates éticos exige el avance tecnológico?

El problema nunca es el instrumento, son nuestras intenciones. Uno de los grandes etólogos del siglo XX dijo que le daba pánico pensar que si el ser humano, ahora, viviendo en un lugar pequeño, donde la furia y la lucha son constantes, no cambia su estructura emocional, tiene una bomba en la mano. Todo se puede usar de una manera o de otra. El asunto es en parte emocional. Realmente, las emociones humanas básicas, aquellas que el sistema límbico maneja, son muy difíciles de cambiar. La ética lo ha intentado. Las religiones han intentado durante mucho tiempo provocar estados de conciencia que cambien las actitudes emocionales, pero siempre hay un riesgo. Excepto en algunos tramos, nuestra sociedad tiene una educación moral mejor que la que se ha tenido nunca. No tanto porque la gente sepa formulaciones, sino porque sabe cómo aguantarse, callarse o respetar. Respetar a quien no le da miedo; ya no confunden esos dos términos. Pero, aun así, estamos todavía lejos de ser seres angélicos. El nivel emocional es muy fuerte y

el nivel racional tampoco llega tan allá. Ese es uno de los problemas fundamentales que tenemos con el desafío del clima. Cualquiera comprende racionalmente que hay que tomar decisiones rápidas y duras, pero nadie quiere enfrentarse a qué le dirán sus votantes. Por lo tanto, estamos en un *impasse* que tampoco cabe seguir alargando demasiado. No es como para ser optimistas...

Ante desafíos como el del clima, es imperioso acudir a la razón, esto es, a la ciencia y a los científicos. Pero ¿basta con las cifras? ¿Puede la ciencia, por sí sola, explicar realidades? ¿Dónde queda la filosofía?

La ciencia es un nombre demasiado global para un conjunto de saberes que en ocasiones es un conjunto disjunto. No hay una cosa llamada «la ciencia». Sí hay una cosa llamada «la filosofía», pero tampoco es homogénea. La ciencia tiene, sin embargo, características interesantes. Reúne el saber mejor que hemos logrado producir. Cualquiera que se dedique con demasiada fe a desmontar las verdades científicas no merece respeto. De momento, muchas de ellas son simplemente cumbres del pensamiento a las que se ha llegado, y eso es extraordinario. Que los animales hayan desaparecido de las calles –ya no hay caballos ni mulas tirando de los carros–, que ya no nos alumbremos con petróleo –la electricidad mueve absolutamente todo– o que tengamos una capacidad de comunicación absolutamente extraordinaria no habría sido posible sin eso que la gente llama «la ciencia». Luego, bienvenida la ciencia. El asunto es si le puedes encargar el futuro, y la respuesta es no. Esa llamada «la ciencia» es capaz de moverse muy bien persiguiendo objetivos limitados. Siempre habrá un científico que persiga un objetivo limitado que acabe siendo incompatible con el del otro. ¿Cómo garantizamos la supervivencia de una humanidad que merezca tal nombre sobre este planeta hasta que el sol se apague? Nadie lo sabe. La religión siempre ha sido una excelente dadora de respuestas para eso: ¿qué hacemos aquí? Nuestros dioses tienen un plan. Ya está, no hay que preguntarse más.

En los últimos 50 años, la esperanza de vida se ha alargado casi una década, dedicamos tres años más de nuestra existencia a educarnos y hemos avanzado indiscutiblemente en igualdad. Pero, a pesar de que las condiciones sean favorables, ¿somos más felices? ¿Qué es la felicidad?

Nadie puede saber si es más feliz que otro. ¿Era más feliz el tipo o la tipa que hizo los bisontes de Altamira o yo? ¡Y qué sabemos! La felicidad no se



puede medir; lo que sí se puede medir es el confort. ¿Tenemos más confort? Cada uno de nosotros, incluso el que es bastante pobre, vive como un monarca en comparación con el siglo XVI en cuanto a su nivel de seguridad y confort. Eso es así. ¿Es confortable no tener miedo al día de mañana porque crees que el Estado te pagará algo con lo que puedas vivir? Pues parece que sí, mucho más que lo contrario. ¿Es confortable la existencia de una medicina que te cura en vez de darte caca de perro y decirte que es muy buena? Pues parece que también. En una vida como esta surgen, sin embargo, motivos de malestar que antes no existían. Claro: a la gente, antes de tener móvil, no le molestaba nada no tenerlo. Ahora quítale a alguien el móvil y ¡dios mío!, ¿dónde está su Aleph con el que se comunica con el mundo? *Et in Arcadia ego*. En el lugar más extraordinario que quepa pensar siempre habrá un motivo de malestar.

Pero pareciera existir la obligación social de ser felices. De ello se encarga la industria de la felicidad, ya sea encarnada en una taza o en un libro de autoayuda. ¿La felicidad, o su búsqueda, se ha convertido en obsesión?

Si te acercas a esa ventana [señala hacia la calle] podrás ver un cartel en una iglesia. ¡Tiene un tamaño gordísimo, se ve desde aquí! Ese cartel nada menos que dice: «Has sido creado para ser feliz». Nunca me había encontrado yo semejante acuerdo entre la religión católica y Epicuro; siempre había creído que eran doctrinas muy poco compati-

bles. Si la iglesia ha llegado a decir que has nacido para ser feliz, debe ser que algo ha cambiado en el ambiente. Yo creía que la vida, para la iglesia, era «este valle de lágrimas» y que eso se arreglaba en la vida que hay después, o sea, que la felicidad empieza después de la muerte, no antes. Pero vamos, el cartel está ahí, es estupendísimo. Yo creo que, si tienes humor, le sacas una foto.

Lo haré, descuida...

Una proclama epicúrea en un contexto religioso, que no la admitió nunca. Estas son las mezclas en las que vivimos. Para eso está la filosofía. La filosofía, solo cuando es buena, lee los signos de los tiempos. Y evidentemente, este es un signo de los tiempos bastante gordo. No me lo esperaba yo... Me he quedado muy sorprendida.

¿No genera esa, entre comillas, «obligación» a ser feliz, grandes frustraciones?

Bueno, pero eso es para la gente a la que lo que le gusta es frustrarse. Es decir, tampoco vamos a tomar al individuo que no quiere aprender a ma-

«¿Era más feliz el tipo que hizo los bisontes de Altamira o nosotros? ¡Qué sabemos! La felicidad no se puede medir; el confort, sí»

nejar su vida como la referencia indiscutible por la que tenemos que medir todo. Ya no estamos en el período romántico. Ser feliz a lo tonto no es elegante, pero pasarlo mal por gusto, tampoco. El problema es el de siempre: el manejo de la propia vida. Y ahí lo más fuerte son los imponderables. Pero yo creo que la gente, por lo común —me puedo equivocar—, suele hacer un manejo relativamente inteligente de su propia vida. Hay cosas que lo impiden. A las mujeres, por ejemplo, el amor. El amor les viene generalmente fatal. Es una cosa con la que se ponen mucho en riesgo y no suele ser un motivo de confort. Porque, mientras existe un diferencial de educación muy fuerte entre los dos sexos, cada uno no está buscando algo distinto a lo que cree que el otro tiene. Y el resultado suele ser extravagante.

Estamos viendo cómo, desde Chile hasta Nueva Delhi, pasando por Madrid, mujeres de todo el mundo salen a las calles coreando «Un violador en tu camino».

Esto me ha sorprendido muchísimo, porque yo esperaba que esto llegara a Europa y en Europa tuviera su punto final. Pero que esto se haya hecho en India, me ha parecido extraordinario. Si se hiciera en China, ya sería la *repanocha*. Pero tengo muchas dudas, es una sociedad que desconocemos. En India tenían muy cerca el terrible caso de la joven veterinaria de 27 años asesinada por cuatro indeseables, y esos casos allí se producen con relativa facilidad. Pensemos también que es un lugar enorme. Tenemos el caso de esta mujer que es asesinada cuando va a declarar en un juicio por violación. India es un lugar inimaginable para haber nacido mujer. Excepto la ablación, hay todo lo que uno pueda imaginar. Es atroz. Supongo que estas cosas influyen, pero aun así me ha extrañado muy positivamente. Es algo nuevo.

En tus palabras, «la agenda feminista está abierta por páginas diferentes en cada lugar del mundo». ¿Qué es el feminismo en un mundo global?

Es un desafío civilizatorio. Es más, es una de las tradiciones morales que más hace por elevar el nivel de civilidad de las sociedades. Porque

se tiene que incorporar como vida vivida para la gente. Tiene una enorme cantidad de implicaciones, no todas inmediatamente visibles. La renuncia a la violencia como método de resolución de conflictos es la más evidente. Pero de eso depende luego una enorme cantidad de actitudes cotidianas. El feminismo es un enorme educador moral.

¿Qué supuso, o qué supone, el #MeToo?

Es un síntoma de hartazgo. Las mujeres han ido conquistando posiciones en lugares muy distintos. Y, sin embargo, parece que las reglas no escritas que rigen algunos espacios no han cambiado. Y ahí se encuentran con intromisiones, minoraciones, etcétera. El asunto es no sufrir esto en privado y creer que solo le pasa a otras, sino sacarlo al público y decir «esto le pasa a todas las mujeres y es insufrible». El acoso sexual sobre las mujeres es continuo. No creo que haya habido un mundo en el que no se haya producido.

Hemos visto un efecto secundario preocupante. Un caso sonado: el del actor Kevin Spacey, a quien Netflix despide por presuntas agresiones sexuales, sin juicio de por medio, y quien finalmente es absuelto. ¿En qué medida esa justicia popular puede poner en peligro la presunción de inocencia?

Los juicios y nosotros somos humanos. Y el sistema de justicia infalible no existe porque lo hacemos nosotros y nosotras. Lo que puedes esperar siempre es que un resultado sea defendible. Las sentencias no hay por qué respetarlas, hay que acatarlas. El respeto es otra cosa. Hay sentencias que no merecen ningún respeto. Y tienen, por lo común, la manera de pedir que se les dé la vuelta, enalzada para el siguiente tribunal que juzgue mejor. En la Biblia sale: cuando alguien organiza la convivencia dice «pon jueces entre nosotros». En cuanto a la presunción de inocencia, es uno de nuestros principios básicos en el sistema. A este señor que mató a una pobre jovencita de 18 años, cuyo cadáver él mismo tuvo que ayudar a descubrir, se le aplica la presunción de inocencia. Pero la presunción de inocencia no es creerle cuando él dice que no lo hizo. No me preocupa nada esta cuestión.

Retomo el desafío ecológico para cerrar esta entrevista. ¿Podremos evitar el colapso ambiental si no repensamos el capitalismo?

¡Dios mío, con el capitalismo! Vamos un poco más atrás. La sociedad a la que pertenecemos siempre ha estado bajo la idea del *plus ultra*, de



que podemos ir agotando cosas. Tú no te preocupes por dejar algo destrozado, que ya te cambiarás de sitio y además estará mejor. En el siglo XX, el *plus ultra* llegó a la manifestación del ridículo, cuando se decía que, una vez acabáramos con este planeta, encontraríamos otro. Viajaríamos a las estrellas. Donald Trump dice que quiere iniciar una nueva era de exploración espacial, y sin embargo se opone a tomar un acuerdo mínimamente sensato sobre el clima. Se quiere gastar un dinero infinito para mandar a unos sujetos o sujetas a la Luna mientras la Tierra se hace inhabitable. Este tipo de cosas disuadirían al más pintado. Pero esa idea de tan grueso calibre funcionó como teoría admitida en los años 70 y 80. Hay que tomar decisiones claras, como no fabricar más plásticos, excepto aquellos imprescindibles, contemplar el reciclado de cualquier cosa que se fabrique, proteger los espacios naturales que estén en manos de estados depredadores como es el caso de Brasil... El problema es cómo tomar decisiones de ámbito global sin un Gobierno global. Solo está la ONU, que alguna cosa ha evitado, sobre todo guerras, pero que no tiene capacidad ninguna para ordenar el momento presente. Hace 200 años no teníamos posibilidad de alterar el planeta de un modo significativo y ahora sí. Sobre todo por el enorme desarrollo de la química, una de esas cosas llamada «la ciencia». Tenemos un verdadero problema al que otras sociedades no se enfrentaron. Como mucho se enfrentaron a la extinción, porque acababan con la caza, porque hacían una agricultura no sostenible o porque tenían poderosos enemigos cerca. Imaginemos la destrucción de las grandes ciudades mayas. Fueron simplemente algunos años de sequía. La humanidad ha tenido que enfrentarse a muchas cosas, pero el riesgo que afronta ahora no tiene paralelo. La idea de

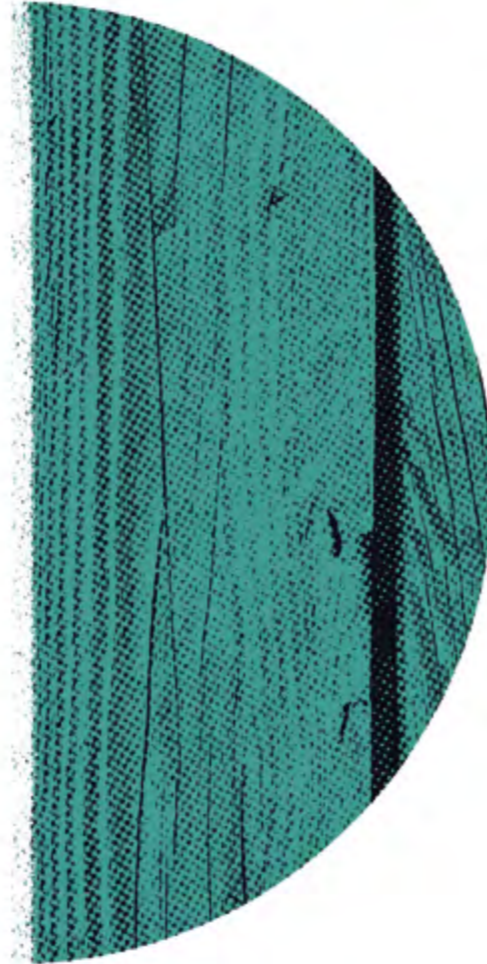
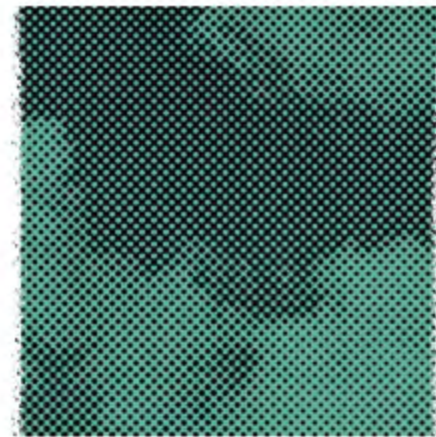
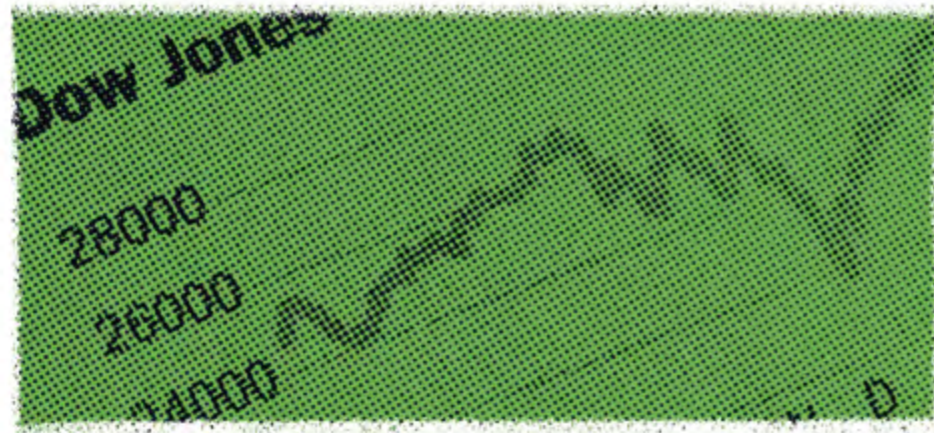
que un desarrollo basado en quemar combustibles y talar bosques no va a producir efectos no alcanza el nivel de los cuatro años de edad.

Suele haber también intereses económicos detrás de esos posicionamientos.

Ese es dinero *burrezno*. Hay gente que sabe hacer dinero y otra que sabe hacer calceta. Pero que alguien sepa hacer dinero no significa que le confíes el futuro.

Precisamente el día en que se hace esta entrevista termina la COP25, la última cumbre mundial del clima. ¿Tienes alguna expectativa?

Que las negociaciones se estanquen en el precio que se va a pagar por las emisiones de carbono nos dice hasta dónde se ha avanzado. Somos capaces de producir problemas globales, pero no tenemos medios para afrontarlos. Antes, cuando la gente tenía una mala situación, iba a sus templos o mataba a unas víctimas y creía que con eso lo arreglaba. Pero ahora el paradigma es otro. Lo que vayamos a ser y nos vaya a pasar ahora depende de nosotros mismos. Y necesitamos mucho más talento del que estamos usando. _



AÑOS PARA CAMBIAR EL MUNDO

El 'Compromiso 2025' de BBVA incluye el objetivo de movilizar 100.000 millones de euros en finanzas sostenibles

i Qué le has pedido al año nuevo? En las primeras posiciones de la lista seguro que se encuentra uno de los deseos más repetidos por casi todos: salud para ti y para tus familiares y amigos. Si nuestro planeta pudiera transmitirnos sus anhelos, probablemente se sumase a nuestra petición ya que, en los últimos tiempos, su diagnóstico no llama al optimismo. Con las temperaturas en imparable ascenso y las emisiones asfixiando cada vez más la atmósfera, actuar de inmediato es clave para que la situación del enfermo no empeore. Sin embargo, no es una tarea que pueda realizarse sin la cooperación de todos. En la última Cumbre del Clima –la COP25, celebrada en Madrid el pasado mes de diciembre–, decenas de organizaciones de todos los sectores manifestaron sus compromisos para hacer frente a la emergencia climática haciendo caso al lema de la cita internacional: *es tiempo de actuar*. «En BBVA tenemos una aproximación integral a los retos de la sostenibilidad al contemplar no solo el cambio climático, sino otros de carácter medioambiental y social en nuestra estrategia», explicaba Carlos Torres Vila, presidente de la entidad, en un acto enmarcado en esta cumbre.

Entre esas actuaciones se encuentra el *Compromiso 2025*, que tiene una triple misión: primero, movilizar recursos en financiación verde, infraestructuras sostenibles, emprendimiento social e inclusión financiera; segundo, gestionar los riesgos medioambientales y sociales para minimizar su impacto negativo directo e indirecto; y tercero, involucrar a todos los grupos de interés para promover de forma colectiva una mayor contribución de la industria financiera al desarrollo sostenible. Además, la estrategia incluye el objetivo de movilizar 100.000 millones de euros en finanzas sostenibles entre 2018 y 2025 que, según Torres Vila, avanza a un ritmo superior al previsto, por lo que se plantea la posibilidad de actualización.

Reducir las emisiones de manera drástica es el objetivo más urgente para que el aumento de temperatura del planeta permanezca por debajo de 1,5 grados. Según los expertos del IPCC, si superamos esa cifra, las consecuencias para el planeta serían irreversibles... y solo tenemos una década para evitarlo. Sin tiempo que perder, durante la COP25, el presidente de BBVA anunció que la entidad se ha marcado la meta de ser neutra en emisiones directas de CO₂ este mismo año. A partir de ahora, la entidad asignará un precio interno a sus emisiones e incorpo-



La entidad bancaria será neutra en emisiones de CO₂ en 2020

rará este factor en el proceso de toma de decisiones, algo que incentivará a cada área a planificar su impacto y favorecerá la reducción de su huella de carbono. De hecho, en febrero de 2018 la entidad ya se comprometió a que, en 2025, el 70% de la energía consumida por el grupo en todo el mundo sea renovable –cifra que llegará al 100% en 2030–, al tiempo que reduce las emisiones de CO₂ en un 68% en 10 años.

«Las instituciones financieras somos agentes catalizadores de este cambio y debemos actuar rápido», explicaba Torres Vila durante la cumbre. Ayudar a los clientes en su transición hacia un modelo económico más sostenible es una parte fundamental de esta estrategia, para lo que la entidad tiene previsto ofrecer una alternativa sostenible en todos sus productos en España a lo largo de 2020. _



EDUCACIÓN DEL AYER PARA LA **SOCIEDAD DEL MAÑANA**

El último informe PISA revela que los países desarrollados, en su mayoría, están estancados o retroceden en la eficacia de su sistema educativo. Ante un futuro incierto para la enseñanza, las corrientes tradicionalistas chocan con las más innovadoras. Y, en algunos casos, confluyen.

Por Luis Meyer

Corren tiempos desconcertantes para la educación. Las nuevas tecnologías arrasan con toda nuestra cotidianidad y nos llevan a cambios constantes, a menudo improvisados por la velocidad con la que suceden. Estamos ya en una suerte de tiovivo acelerado y no vemos el momento de bajarnos de él. Como señala el filósofo y pedagogo José Antonio Marina en su libro *El bosque pedagógico* (Planeta, 2017), necesitamos más que nunca «una educación potente y eficaz para afrontar lo que viene, que incluirá el concepto de trashumanismo, pero no sabemos cómo pensarla». Desde el fin de la dictadura se han dictado siete leyes referidas a la enseñanza, de la LGE a la LOMCE, fuertemente politizadas y con un implacable sesgo dogmático impuesto por el Gobierno de turno. Las consecuencias quedan plasmadas en cada informe PISA: aparte de algunas felices excepciones como Galicia, España solo da pasos hacia atrás y, en el último, ha quedado por debajo de la media de la OCDE.

El estancamiento y el retroceso es algo que se repite en la mayoría de los países desarrollados. La educación, como dice Marina, está en un proceso de cambio y de futuro incierto –en el que todo cabe, desde una refundación de la pedagogía– hasta su desaparición, como vaticinaba el pensador austriaco Iván Illich en los años setenta, algo que muchos expertos hoy no descartan.

Entre quienes presuponen –en el entorno pedagógico– que la educación seguirá evolucionando, las corrientes son diversas: hay quienes pugnan por una vuelta a la enseñanza tradicional, como Inger Enkvist, hispanista de la Universidad de Lund y exasesora del Ministerio de Educación de Suecia, cuyas teorías han impregnado la opinión pública en los últimos años. Otros movimientos apuestan por una revolución total. Y también los hay que defienden un punto intermedio y pensado, tal es el caso de Marina: «Debemos recoger de la enseñanza de toda la vida lo que funciona, y, al mismo tiempo, aplicar lo que ofrecen las nuevas tecnologías. No es una cuestión de todo o nada». El filósofo reivindica, por ejemplo, el ejercicio de la memoria como eje central. Pero eso no pasa por aprenderse una lista interminable de monarcas o de ríos y regiones. «Tenemos que recuperar la idea de qué es lo que hace la memoria realmente. Es fundamental en todo aprendizaje, no solo en el de conceptos y datos, sino también en el de procedimiento, esto es, resolver problemas», explica, y añade: «Eso no solo no está reñido con la memoria, sino que la hace necesaria y, por tanto, hay que entrenarla».

El filósofo, al que el Gobierno encargó hace cuatro años el *Libro Blanco de la Profesión Docente* (que marcaba las pautas de formación a los nuevos profesores), opina que uno de los mayores problemas a los que nos enfrentamos son las estructuras tan rígidas a la hora de diseñar el sistema educativo. «¿Por qué tienen que estar todos los alumnos a la misma edad en el mismo curso? Es un disparate. Y, además, nos empeñamos en unos currículos tan sumamente grandes que no dejan tiempo para ser aplicados. Por tanto, el debate no es si hay que dedicarse a la memoria o no, sino de si los conceptos los utilizas o te limitas a retenerlos de forma aislada, en cuyo caso valen para muy poco».

Marina critica abiertamente esta suerte de edad de hielo en que se encuentra la educación en nuestro país. Y pone el foco en la política, incapaz de dejar a un lado ideologías interesadas. «No se ha hecho nada, es una parálisis institucional. Hace ya tres años presenté el li-



«Debemos recoger de la enseñanza tradicional lo que funciona, y, al mismo tiempo, aplicar las nuevas tecnologías»

José Antonio Marina
Filósofo y pedagogo

bro blanco, que es fundamental para mejorar la educación, y no solo de los docentes, también de quienes dirigen los centros educativos. No se ha hecho nada con eso». Y apunta a otro problema: «Los recortes han provocado que descuidemos algo tan importante como la atención a los niños con necesidades educativas especiales, tanto quienes tienen dificultades de aprendizaje como quienes tienen altas capacidades. Seguimos teniendo, y ese es el gran fracaso del sistema, más que las notas en PISA, una cantidad inaceptable de alumnos que repiten algún curso: casi el 65% a lo largo de primaria o de secundaria. Si añadimos el número de abandonos, donde somos los penúltimos por la cola, estamos en una situación realmente crítica».



«La función del docente tiene varias facetas, no solo la de impartir conocimiento: tiene que crear una relación con el alumno»

Inger Enkvist

Pedagoga y antigua asesora del Ministerio de Educación de Suecia

Los países desarrollados están estancados en educación, a pesar de que muchos tienen más inversión, como apunta Inger Enkvist: «Miremos el contraste de Singapur, que sí que está progresando. ¿Cuál es la diferencia? Que allí el enfoque está en el conocimiento y en Occidente, cada vez más, en los alumnos. Prestamos más atención a su condición, a su felicidad, a si está en una situación igualitaria... Y dejamos de lado su aprendizaje. Deberíamos dar un poco más de importancia al conocimiento, sin descuidar al alumno y su condición. Llegar a una situación de más equilibrio». La pedagoga sueca insiste en la necesidad de una vuelta a la educación tradicional. «Hay corrientes que promueven que el nuevo conocimiento del siglo XXI es el que está en la red, y que la enseñanza debe enfocarse a encontrarlo y discernirlo. Yo creo que se equivocan. Estamos hablando de niños en la escuela obligatoria que necesitan conocimientos propios». Y matiza: «Un adulto que requiere de muchos conceptos en una situación profesional, que supone un vasto conocimiento de una materia, tal vez no necesite aprenderlo todo. Y ahí sí tiene sentido el acceso rápido que da la tecnología a diferentes tipos de conocimiento especializado. Pero los niños no tienen ninguna base, y no hay ningún estudio que haya probado todavía que es mejor para su desarrollo o adaptación social despojarlos de ese aprendizaje en la escuela de los datos y conceptos esenciales».

La experta es muy crítica, precisamente, con el país que más ha puntuado en el informe PISA: los niños de Finlandia ya no aprenden a escribir a mano, sino a mecanografiar directamente. «Se equivocan, porque no está probado por ningún estudio riguroso y fiable que eso sea positivo. Deberían ser más prudentes, ir probándolo en una o dos escuelas, y dejar que pasen bastantes años para ver qué consecuencias puede tener eso cuando sean adultos». Y explica: «Sí que se ha probado que hay una relación entre lo que hace la mano y la manera que tiene el cerebro de adquirir un conocimiento. Si cambiamos esa relación, deberíamos estar antes completamente convencidos de que es para mejor. Los niños de hoy ya están escribiendo mucho menos a mano que los de antes. En mi universidad me encuentro con muchos veinteañeros que tienen firmas que parecen la de un niño de 10 años. Deberíamos revertir eso, no potenciarlo».

Enkvist no reniega del encaje de las nuevas tecnologías en un concepto tradicional de la educación, pero advierte de que hay que hacerlo con tiento. Uno de los avances más llamativos viene de la mano de Amazon: hace un par de meses, en colaboración con la Universidad CEU San Pablo, presentó un proyecto en el que su famoso altavoz inteligente Alexa, conectado a internet, podía llegar a sustituir a un profesor en algunos casos. «La función del docente tiene varias facetas, no solo la de impartir conocimiento», opina la pedagoga. «También es muy importante crear la relación con el alumno y el ambiente de grupo propicio. Y generar entusiasmo por el conocimiento. Llevé a cabo en Suecia un proyecto de aprendizaje de español en el que los alumnos podían recibir clases libremente con un *software* del Instituto Cervantes. Pues bien: en los registros, comprobamos que solo habían entrado unos pocos, y habían pasado muy poco tiempo practicando». Es consciente del potencial de aprendizaje que ofrece la avalancha de información en red. Pero también es escéptica: «Hoy en día podemos aprender cualquier cosa que queramos, tanto como un estudiante de Harvard, porque el material está en la nube. Pero los alumnos no lo hacen. Necesitamos un marco, un estímulo, algo que nos obligue en cierto modo, y ver la meta. Y esa es la función de un profesor huma-

no. Algo como lo de Amazon solo podría funcionar para estudiantes muy motivados y para fines muy precisos en un tiempo muy breve, como, por ejemplo, para sacarse el carné de conducir. Por tanto, es una buena idea, pero deber dársele un uso muy específico», concluye.

En esta misma línea, Joaquín Ortega, pedagogo y director de las escuelas infantiles El Sitio de Mi Recreo, añade que, hoy en día, el reto no está en enseñar a los niños a usar una tableta o un teléfono inteligente, sino a medir su uso: «No hay que plantearlo como una prohibición, pero sí debemos controlarlo. A esas edades debemos cuidar que no pierdan el contacto con la realidad, que



«El reto está en enseñar a los niños a dosificar el uso de la tecnología»

Joaquín Ortega

Director de El Sitio de Mi Recreo

sean capaces de disfrutar de una obra de teatro o de un libro. Es muy importante que sigan anclados a las manualidades y que no se acostumbren a ver la vida a través de una pantalla. La tecnología puede aportar mucho a nuestro sistema educativo, siempre que la dosifiquemos».

Otra de las corrientes educativas que causa polémica es la que prioriza la realización del niño en un momento determinado por encima de su formación. Si Oscar Wilde decía que «el mejor medio para hacer buenos niños es hacerlos felices», Marina matiza esta apreciación: «El concepto de felicidad subjetiva se está manoseando demasiado. Hay muchos padres que repiten: “Yo lo que quiero es que mi niño sea feliz”. Pero si reducimos el exigir cualquier esfuerzo a que es un ataque a la felicidad, estamos metiendo a los niños y adolescentes en una situación de vulnerabilidad que les puede machacar la vida. Los niños no tienen que estar felices en este preciso momento, sino que los tenemos que preparar para que sean felices a lo largo de toda su vida. Por eso, el miedo a poner límites, a exigir, es hacerlos felices a corto plazo, pero volverlos incapaces para el resto de su vida, porque cualquier dificultad a la que se enfrenten les va a hundir».

Enkvist añade: «Falta ese factor de obligatoriedad que viene de la escuela tradicional. Hay dos deseos contradictorios en la política educativa de los países occidentales de hoy: somos muy permisivos y queremos que los alumnos hagan las cosas por su propio interés. Queremos que aprendan sin obligarlos, sino porque ellos quieren. Y que, además, el resultado sea igualitario. Es imposible algo así. Si queremos que sea igualitario, habrá que aplicar un poco más de presión. Porque no a todos les va a gustar aprender en todos los momentos».

Por su parte, María Pilar Garrido, docente y miembro de Red Educa, propone la transversalidad como fórmula de motivación del alumno: «Es la metodología por proyectos. Como crear un periódico: los alumnos tienen que buscar una noticia, un tema que les llame la atención, como por ejemplo, el conflicto de Palestina. Por medio de este tema estudian geografía, historia, temas religiosos, y desarrollan el pensamiento crítico: se preguntan por qué se da ese conflicto, qué soluciones podría haber...». Y añade: «Se trata de ir un poco más allá. Ofrecer un aprendizaje contextualizado que tenga en cuenta muchas materias. Y eso requiere que los profesionales dentro de secundaria sean capaces de salirse de su propia materia, que un profesor de matemáticas, por ejemplo, tenga conocimientos de otras áreas. Para que no se generen compartimentos estancos».

La competitividad es otro concepto cada vez más interiorizado en las aulas de los países desarrollados, donde muchos centros escolares enfocan la educación al futuro profesional del alumno. Carlos Ureña, pedagogo y experto en *coach* educativo, opina que es un error. «Cada cosa tiene su momento. Los medios de comunicación tienden a presentar el informe PISA como una suerte de *ranking* en el que destacan qué países quedan por arriba y cuáles por abajo. Esto se traslada en muchos casos a las aulas, a que los alumnos compitan entre sí. Y eso no beneficia en absoluto su aprendizaje». Y zanja: «No debemos dar tanta importancia a este tipo de informes. No tenemos que intentar que nuestros niños sean los mejores, sino lograr que sean niños mejores».



ASEGURANDO EL FUTURO DEL PLANETA

La lucha contra el cambio climático se integra en los planes de sostenibilidad de las aseguradoras, cuyo papel es esencial en la prevención y reconstrucción de comunidades afectadas por desastres naturales.

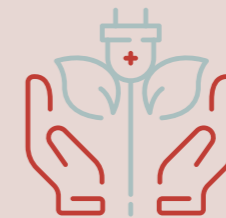
Diez niños. Diez historias diferentes para explicar lo que ocurrió en Puerto Rico antes, durante y después del paso del huracán María –que en 2017 asoló la isla caribeña cobrándose la vida de 2.975 personas– y cómo ha salido adelante gracias al apoyo y fortaleza de sus ciudadanos. Durante la cumbre del clima celebrada en Madrid el pasado mes de diciembre, los asistentes pudieron ver, de primera mano, cómo se reconstruye un país de cero. El estreno del documental *Los niños de María*, impulsado por MAPFRE, mostró el impacto que la emergencia climática ya está teniendo en los países más vulnerables. «Los cambios reales que reviertan la aterradora situación climática solo pueden llegar por la vía de la cooperación, con una acción conjunta impulsada por los valores compartidos por los ciudadanos, las empresas y la sociedad en general», explica Antonio Huertas, presidente de MAPFRE, lanzando un mensaje claro de la necesidad de cooperación entre instituciones.

Durante los procesos de reconstrucción tras catástrofes naturales se hace visible el compromiso de empresas como MAPFRE en la lucha contra la emergencia climática. «Reconocer mejor el papel y los beneficios del seguro como una herramienta eficiente para proteger

y compensar este tipo de riesgos catastróficos es esencial», recuerda Huertas, a pesar de que en muchos lugares este instrumento no se tenga en cuenta.

«Los cambios reales solo pueden llegar por la vía de la cooperación»

Antonio Huertas
Presidente de MAPFRE



Construir un mundo más sostenible va mucho más allá de actuar una vez que los desastres naturales hayan impactado en un territorio. Por eso, para luchar contra el cambio climático y evitar situaciones límite, MAPFRE se ha marcado unos objetivos muy ambiciosos que recoge en su *Plan de Sostenibilidad 2019-2021*. En 2030, todas las instalaciones de MAPFRE en el mundo serán neutras en carbono. Para conseguirlo, la compañía apuesta por una mejor eficiencia energética, las energías renovables, la gestión de recursos y la movilidad sostenible e integra los principios ASG (ambiental, social y gobernanza) en la suscripción e inversión. Además, no invertirá en compañías eléctricas con un 30% (o más) de ingresos que provengan del carbón y rechazará asegurar la construcción de nuevas plantas de generación eléctrica que funcionen con carbón, ni la explotación de nuevas minas de este mineral. El grupo contribuye así, a la hora de evitar las dramáticas consecuencias del calentamiento global, porque cada pequeño paso es valioso cuando se (re)construye el futuro.

EXCESOS

AMENAZAS A LA
PROSPERIDAD
GLOBAL

Anticiparse al mundo que viene y disfrutar de una reflexión esperanzada es lo que ofrece 'Excesos. Amenazas a la prosperidad global' (Planeta, 2019), el último libro de Emilio Ontiveros.

Por Emilio Ontiveros

¿Hasta qué punto podremos evitar la próxima crisis? ¿Existen posibilidades de corregir las tendencias autodestructivas en la dinámica de globalización y orientar esta al bienestar de la mayoría de los ciudadanos? ¿Es irreversible la ampliación de la desigualdad en la distribución de la renta y de la riqueza? ¿Seguirá coexistiendo esa desigualdad con la concentración de las grandes empresas y el aumento de su poder de mercado? ¿Existen límites al deterioro del medio ambiente?

No son dudas retóricas, sino reflejos de las inquietudes que numerosos ciudadanos en todo el mundo albergan en los momentos actuales. Son también algunos de los fundamentos en los que se basa el distanciamiento de las élites y de las instituciones en muchos países. Pero es más inquietante que lo ya verificado no sea más que una muestra de algo más amplio y determinante en la vida y organización política de los países. Son exponentes que nublan el optimismo sobre el progreso, la cooperación. Es verdad que en las últimas décadas se ha reducido la pobreza, que se ha tomado conciencia, aunque un poco tardía, sobre las consecuencias del cambio climático, que la democracia ha extendido su influencia como forma de gobierno. Pero se percibe una inflexión, un cierto agotamiento del sistema económico, necesitado de impulsos y renovadas adhesiones. Existen riesgos serios de confrontación, de que se echen por tierra instituciones basadas en la cooperación, de que se venga abajo el propio convencimiento de que la cooperación es necesaria.

Está claro que el fin de la historia tendrá que esperar, como ha sugerido entre otros Yuval Noah Harari. El decreciente grado de satisfacción con el funcionamiento del sistema económico capitalista y con la democracia liberal no es precisamente síntoma del final homogeneizador que anticipó Francis Fukuyama. Bajo formas aparentemente distintas a la tradicional oposición entre capitalismo y socialismo, incluso entre izquierda y derecha, han emergido planteamientos que están lejos de aquel idealizado consenso ideológico.

Son demasiadas las evidencias que deja el pasado reciente y las amenazas existentes en esta segunda década del siglo como para confiar en la capacidad de autocorrección del sistema. Es necesaria una política que tenga el bienestar de la mayoría, la inclusión, como prioridad fundamental. Para garantizar la defensa inteligente del libre comercio, pero lejos del papanatismo ultraliberal de estos últimos años. Sería un libre comercio supeditado a la defensa de los menos protegidos, asociado a políticas de compensación de sus efectos no pretendidos, desde la desigualdad en la distribución de la renta a los daños al ecosistema. Y para ello, la acción de los gobiernos nacionales, por muy poderosos que sean, no es suficiente. El fortalecimiento de las organizaciones multilaterales es otra de las condiciones necesarias para que pueda mantenerse la apuesta por la libertad de los intercambios, la movilidad de las de personas, de capitales, de información y del conocimiento. Y también se necesitan normas comunes en ámbitos que

«Europa está obligada a ejercer su liderazgo en la transición a un sistema más justo y estable»

se han mostrado tan sensibles como las finanzas o la regulación de la competencia y fiscalidad de las grandes empresas.

Aunque signifiquen una seria inflexión en la tendencia de progreso que conformó una de las bases de la Ilustración, los problemas revelados en estas tres últimas décadas no son obstáculos permanentes. Pero para mantener ese optimismo histórico en la vigencia de ideales propios de la Ilustración que defiende Steven Pinker es necesario asimilar las lecciones de estos últimos años, el origen de los excesos relatados en las páginas que siguen. Las amenazas que asoman en su lectura no se exponen para intimidar o asustar: es una puesta en común de elementos útiles para evaluar una realidad susceptible de cambio.

En ese propósito, en la necesaria transición a un sistema más justo y estable, Europa está obligada a ejercer su liderazgo, a velar más intensamente por la calidad de la democracia, adecuando las políticas económicas a la preservación y mejora del proyecto integrador. Ha de hacerlo de forma cooperativa, con la misma capacidad que ha mostrado desde que en los años cincuenta del siglo pasado se propuso exorcizar las amenazas que la habían convertido en el escenario de las dos guerras mundiales. —



fotografía_Gregorio González

ENTREVISTA

«LOS MÁS JÓVENES HAN TOMADO LA BANDERA DE LA ORFANDAD POLÍTICA»

BELÉN Barreiro

Su carrera profesional le ha permitido ahondar en su gran pasión: el análisis de las tendencias sociales. Belén Barreiro (Madrid, 1968) se considera una ferviente defensora de la capacidad de predicción de las encuestas, del poder de los datos y del rol crucial que juegan a la hora de pronosticar los caminos que tomará la sociedad. Profesora de universidad, asesora en el Departamento de Análisis del Gabinete de La Moncloa durante el primer Gobierno de Rodríguez Zapatero y presidenta del CIS entre 2008 y 2010, hace ocho años fundó su propia firma demoscópica: 4odB. Allí, en su sede, la entrevistamos.

Por Raquel Nogueira

Tu oficio es el de escuchar las opiniones de la gente a través de encuestas, por ejemplo, electorales pero, ¿cuál es su fin último?

A pesar de que las encuestas electorales son lo más visible de nuestro trabajo, son solo una parte muy pequeña de lo que hacemos. Su gran virtud es que, de todo lo que hacemos, es lo único que, en un día concreto del año, mide tu capacidad real de predicción. Es importante señalarlo porque, a veces, se dice que las encuestas son una fotografía, pero que esta puede cambiar. Quien dice eso se equivoca: yo sí creo en la capacidad de predicción de las encuestas y en toda la información que se puede obtener del análisis de esos datos.

«Está demostrado que más información no conduce de manera necesaria a mejores decisiones», decías en Twitter. ¿Qué nos lleva entonces a tomarlas, por ejemplo, a la hora de votar?

Creo enormemente en la capacidad, el peso y el poder de la intuición. Con ese tuit quería decir que los sociólogos analizamos cada vez más datos, ya sean digitales, etnográficos o cualitativos. En toda esta maraña de información, en lo que sigo creyendo, por encima de todo, es en la capacidad de intuir. El último golpe de intuición que tuve fue el pa-

sado abril, justo antes de esa cita electoral, cuando le dije a mi equipo que el PP se iba a hundir por debajo del 18%. Y se cumplió. Esa intuición se presenta en forma de pequeños detalles que vas observando, que a veces son datos, pero otras son frases que escuchas a la gente en cualquier situación social. En ese momento, algo se enciende. Lo mismo me pasó cuando, en 2012, escribí el artículo *Regreso del futuro* diciendo que iba a haber un partido muy parecido a Podemos.

¿La revolución digital y las redes sociales son la nueva intuición?

Las redes sociales son una fuente de información adicional para nosotros como expertos. Analizándolas podemos entender conversaciones o reputaciones, pero en las redes no están todos. Una red como Twitter, por ejemplo, tiene un porcentaje de usuarios muy por debajo que Facebook, pero ni siquiera la red social con más usua-

«Los partidos populistas tienen una enorme capacidad de manipulación de los electorados»

rios es una representación real de la sociedad. Aún así, sirven para entender y escuchar a esas personas que, sabemos, tienen influencia en los demás, incluso en los que no están en redes. Todo lo que ocurre en el mundo *online* es un elemento relevante que debemos tener en cuenta a la hora de analizar y entender el clima social de un país.

¿Qué otras herramientas utilizáis para entender ese clima social?

Las fuentes de información son muy variadas y ahora, gracias a las nuevas tecnologías, aún más. Por ejemplo, a finales de año, en el estudio preelectoral para *El País*, utilizamos una nueva herramienta: durante los días que realizamos encuestas, con autorización de los entrevistados, traqueamos su comportamiento digital. Se les hizo un seguimiento 24 horas de su uso de internet, lo que nos permitió corroborar que, efectivamente, los jóvenes de entre 18 y 24 años se informan sobre todo a través de YouTube, donde –en aquel momento– pasaban al menos 50 minutos al día. Además, podemos saber lo que hacían: si estaban buscando vídeos sobre candidatos o mítines, si entraban en anuncios de campañas electorales o si, por el contrario, estaban viendo series, concursos o a *youtubers*. Ese rastreo permite hilar muy fino sobre cuáles son los factores que pueden influir en el voto, pero también en patrones de compra, por ejemplo. Al saber qué hace una persona cada minuto que está en internet, tienes una visión muy completa de qué es lo que le influye y condiciona.

Todo en la vida es política, incluso los vídeos de YouTube que ves o los tuits que escribes. Sin embargo, la abstención en nuestro país suele rondar el 30%. ¿La desafección crece o siempre ha sido así?

Ahora es mayor. En España –al igual que en otros países–, la desafección se dispara a raíz de la gran recesión de 2008, que produce muchos daños materiales y personales en los ciudadanos. Eso los lleva a reaccionar en contra de los más poderosos, incluidos los partidos políticos, los Gobiernos, las grandes instituciones, pero también las grandes corporaciones e, incluso, los grandes medios de comunicación: la ciudadanía les culpa de ser responsables de la crisis o de no estar haciendo lo suficiente. Como consecuencia, se producen años de una desafección máxima que desembocan en lo que llamé «orfandad política», es decir, ciudadanos que no saben a quién votar. Eso se traduce en una ruptura y una fragmentación de los sistemas de partidos, algo que no es exclusivo de la democracia española. Esa fragmentación es un efecto directo de la desafección: como no me gusta lo que hay, busco otras

opciones que me puedan satisfacer. Pero, insisto, se trata de una desafección hacia los poderosos, hacia las élites, no solo hacia la política. La desafección política y la económica van siempre de la mano, ya que cuando el ciudadano está descontento con la economía, arrastra su descontento hacia la política, y al revés. Por tanto, cuando la política es un problema, se convierte en un problema para el Estado, porque tiene efectos en la propia economía y, sobre todo, en el clima o el ánimo con el que los ciudadanos afrontan sus opiniones sobre la marcha del país: que la política tenga buena salud no solo es positivo para poder votar a gusto, sino también para tener un clima de opinión que favorezca al consumidor y a las empresas.

Antes de noviembre escribías: «las próximas elecciones, nos guste o no, confirmarán que los ciudadanos no desean la vuelta al bipartidismo». ¿Ha dejado la ciudadanía de estar polarizada o lo está cada vez más?

La sociedad está más fragmentada en el sentido de que ha habido enormes cambios sociales, en parte producidos por la revolución tecnológica, pero también por la revolución libertaria o el uso que estamos haciendo de nuestras libertades los ciudadanos y, en particular, las nuevas generaciones, que son enormemente tolerantes y llevan estilos de vida diversificados. Esto hace que la sociedad sea mucho más plural. En los 70 y los 80, las encuestas de consumo y política se enfocaban en función de lo que pensaban las grandes clases medias. El objetivo de los estudios sobre opinión pública era entender dónde estaba la clase media, cómo consumía, cómo votaba... Ahora nos encontramos con una sociedad que en ningún sentido se puede entender atendiendo a las mayorías. Estamos sustituyendo los análisis sobre qué piensan las grandes capas de clase media por estudios de segmentos específicos de la población que pueden ser muy variados. Aún así, sigue habiendo absolutos que nos unen a todos: España es un país, en general, bastante solidario y con ideas claras sobre la cohesión social, pero eso no quita que sea imprescindible tener también una visión de cuáles son las prioridades, en su día a día, de grupos sociales que están en situaciones muy distintas. A lo mejor para una familia con mascota es imprescindible un programa en torno a la protección de los animales, y a una mujer que encabeza una familia monoparental lo que resulta básico es que le garanticen una renta mínima. Es importante entender cuáles son las sensibilidades que hay dentro de cada segmento y cuáles son sus prioridades, sin despreciar que luego hay grandes asuntos que nos unen o sobre los que te-



nemos ideas bastante claras. También es importante entender que se ha reducido muchísimo la clase trabajadora tradicional a lo largo de los años y que, ahora, hay otras formas de trabajo. Cada vez más, debemos entender que la sociedad está fragmentada, pero no en un sentido negativo, sino que hay estilos de vida muy variados.

Dices que ya no existe la clase trabajadora de antes. ¿La ha sustituido la precariedad laboral?

No es lo mismo ser un trabajador de cuello azul que un joven muy formado con unas condiciones de precariedad y un mal salario, ni en la defensa de lo que buscas, ni en la forma de pensar. La precariedad es un problema. Las condiciones laborales de los jóvenes, también. Estas coinciden con una situación endemoniada de la vivienda: además de tener trabajos inestables y salarios que no siempre son suficientemente satisfactorios, tienen gran dificultad para acceder a la vivienda, sobre todo en las grandes ciudades, ya sea alquiler o compra. Estos factores hacen que nos encontremos con la primera generación en España, y en otros países, que declara muy mayoritariamente –en torno al 70%– que vivirá peor que sus padres. Esto no ocurría antes. Teniendo en cuenta que, generalmente, es una generación más formada que sus padres, es una frustración de expectativas importante. Curiosamente, en los estudios que hemos hecho de jóvenes vemos cómo el ser humano, para no sufrir, acaba adaptando sus sueños a sus realidades. Por eso los jóvenes son mucho más posmaterialistas que materialistas, es decir, le dan importancia a valores como la tolerancia, la solidaridad,

el ayudarse los unos a los otros o el cuidar el planeta, mientras que los aspectos materiales en su discurso ocupan un espacio menor.

En el informe 'Jóvenes, internet y democracia', aseguras que los jóvenes españoles de entre 18 y 34 años creen que ningún partido les representa y que la democracia podría funcionar sin formaciones políticas. ¿Cómo hemos llegado a esta situación de orfandad política de la que hablas?

Quizás siempre ha existido y los más jóvenes, de 18 a 24 años, que no estaban en el 15M, han tomado la bandera de la orfandad política. Lo que es bastante tranquilizador es que sí creen en la democracia, aunque critican su funcionamiento: creen en la política, pero no en cómo funciona. Lo que más me llama la atención de ese estudio es que los jóvenes se interesan mucho y se movilizan por los grandes asuntos de nuestro tiempo –la crisis climática, la privacidad en internet y cómo regularla, la igualdad de género, las desigualdades sociales o la pobreza–: solo el 28% declara no haber participado en ninguna movilización. ¿Cómo es posible que, declarando

que participan, que se informan al menos una vez a la semana y que son muy sensibles a estos grandes asuntos, tengan una percepción tan negativa de la política? El contenido de la palabra «política» para los jóvenes está lleno de cosas negativas, y lo vacía de todo lo que tenga que ver con los grandes asuntos públicos. Es decir, al hablar de política hablan de palabras como corrupción, bronca, crispación, y el cambio climático, por ejemplo, lo definen como «asuntos públicos». Podemos decir que los jóvenes se interesan por la política, pero no por la forma que ha tomado, y los partidos tienen mucha responsabilidad en esto, por la insuficiencia con la que hablan de algunos de los asuntos de Estado. Solo hay que ver en la última campaña electoral cuánto espacio se ocupó para hablar de Cataluña y cuánto para hablar de la robotización y las consecuencias que va a tener en el empleo en España, o cuáles son las medidas urgentes que se han de tomar para revertir la crisis climática. Además, los medios de comunicación también tienen su parte de responsabilidad: las tertulias y el tipo de debates que se organizan pocas veces tienen que ver con nuestros grandes asuntos, y se dedican demasiadas horas a reunir a analistas y expertos para hablar de las banalidades de la política cotidiana. Hace ya bastante tiempo que en España puedes desconectarte de las noticias y volver a conectarte sin que haya pasado absolutamente nada. Seguimos dando vueltas en círculo sobre nosotros mismos. La política debería ser –o, como ciudadana, aspiras a que sea– una herramienta de transformación social que nos permita mejorar el mundo. Si los jóvenes creen que la política no tiene nada que ver con eso, pasa lo que pasa: que piensan que puede haber otras vías para cambiar el mundo.

¿Cómo podemos superar el conflicto catalán y las tensiones sociales que genera?

Como se cierran todas las heridas: haciendo un ejercicio de empatía. Yo trato de entender lo que piensas tú y de ponerme en tu lugar, y viceversa. Es un gesto que lo único que requiere es proponérselo y tratar de entender al otro. A través de ese proceso, el resultado vendría a ser un acercamiento de posiciones: en esto yo te voy a entender a ti y en esto tú me vas a entender a mí. Hay que tratar de no perder los afectos, que son muy importantes en política: si yo te exijo que tú estés aquí, pero no te doy cariños, no tienes ganas de quedarte, y la crisis catalana tiene mucho que ver con una crisis de afectos. Esa es la parte con la que hay que empezar a trabajar: la empatía y los afectos. Cuando llevemos un tiempo de ello, es muy posible que la política, la negociación y el diálogo lleven a buscar soluciones, pero sin demonizar a nadie. Si se demoniza no hay empatía.

«Ni el centro ha desaparecido, ni España se ha hecho de golpe de extrema derecha», escribías después de las elecciones de noviembre. ¿Qué ha pasado entonces?

Hemos vivido unas elecciones en las que los partidos no han competido en el eje izquierda-derecha, el asunto de Cataluña lo ha ocupado todo al coincidir con la sentencia del *procés*, y ha pesado más el eje territorial que otros. Nos encontramos con un partido, Vox, que ha crecido mucho y que se nutre de personas de centro y de aquellas que no tienen ideología, pero también de personas de derecha moderada y de muy pocas de derecha más extrema. Nos podemos preguntar por qué, entonces, un partido con un electorado así es de extrema derecha: por el tipo de discurso que tiene, sus posicionamientos y sus aliados. Sin embargo, los electores de Vox no son de extrema derecha, sino que son

muy parecidos a los del Partido Popular, aunque se distinguen en el tema territorial. El 40% de los electores de Vox querría volver a un estado centralista, han sentido que su identidad ha quedado vulnerada y hay un choque de identidades. Lo que llamé las *identidades vulnerables* es lo que ha propiciado el voto a la extrema derecha: si yo siento mi identidad amenazada –ya sea por los inmigrantes o por la cuestión catalana–, salgo en defensa de ella y voto pensando en eso únicamente y no en otros factores. Obviamente, hay que tener cuidado porque sabemos que los partidos populistas tienen una capacidad de manipulación de los electorados muy grande, especialmente a través de las redes sociales. La presencia de un partido de extrema derecha en la democracia española es muy grave: el problema no es que los electores hayan cambiado su manera de pensar, sino que puedan llegar a hacerlo en el futuro. Las sociedades son como son, pero también se dejan influir por sus entornos. Los que no pensamos así –que, en este país, por fortuna, somos la inmensa mayoría– debemos sentir la obligación de decir en público y en privado: esto no. Quiero seguir defendiendo que somos un país tolerante y solidario, como siempre hemos sido, así que no debemos frivolar la presencia de Vox.

¿Qué nos depara el panorama político español en 2020?

El cambio climático despunta como una de las grandes preocupaciones. Y está ocurriendo algo curioso: los jóvenes y los mayores piensan cada vez más de forma convergente. Es decir, los jóvenes han contagiado a los mayores para que se preocupen por la cuestión climática, y eso es muy positivo. También estamos viendo miedos crecientes hacia la globalización: más de un tercio de los ciudadanos temen lo que les pueda deparar, como un impacto negativo en el empleo y los salarios. También existe una inquietud con la robotización, algo que debería entrar en el debate público de una forma sosegada, es decir, que se hable con sinceridad sobre qué es lo que está previsto que ocurra: qué tipo de empleos no van a existir, cuáles se van a crear, cómo enfocamos nuestro futuro... La robotización va a traer muchas cosas buenas, pero está suponiendo un *shock* para las sociedades y está escalando en las preocupaciones de los ciudadanos. Además, la desaceleración económica diría que va a estar en el *top* de preocupaciones de 2020. Llevamos meses viendo que cada vez hay más gente que cree que va a haber una nueva crisis económica, y los que más lo creen son precisamente los más vulnerables. Eso puede producir un clima de miedo que, a su vez, contraiga el consumo. _



EMOCIONES

y política de la *cotidianeidad*

«El corazón tiene razones que la razón ignora», señalaba en el siglo XVII Blaise Pascal. Hoy, cuatro siglos después, poco ha cambiado.

Entender la irrupción de las emociones en la política y en la opinión pública, comprender las atmósferas colectivas y los climas sociales va a ser más relevante, creo, que medir las opiniones, tan líquidas e inciertas. Las personas pensamos lo que sentimos. Interpretar el *feeling* social es la primera piedra del edificio de la política democrática, y esta debe rearmarse con mayores fundamentos de psicología social y neurociencia.

Las emociones, positivas y negativas, pueden provocar resultados imprevisibles. El pesimismo es tan contagioso como el optimismo. El miedo moviliza tanto como la alegría. Los estados de ánimo son hoy los auténticos estados de opinión. Las emociones pueden ser una oportunidad para la reconexión de la política con la ciudadanía y para su revitalización. Al menos para intentarlo. Sabemos, también, que las emociones nos movilizan y nos invitan a la acción, como desde hace tiempo hemos confirmado con los estudios sobre el comportamiento y la teoría del *pequeño empujón* del que hablan Richard H. Thaler y Cass R. Sunstein en su libro del mismo título.

La desafección y el descrédito de la política crecen en todo el mundo y ello está teniendo consecuencias para la democracia, que se muestra frágil, y sus instituciones, cada vez más cuestionadas. La pregunta es recurrente; la inquietud, extendida: ¿las actuales propuestas políticas, nuestra arquitectura institucional y los vigentes modelos de partido pueden ser organizaciones eficientes en las *sociedades nerviosas* de hoy?

La política de proximidad, que apela al individuo, al ciudadano, se sitúa, más que nunca, en el epicentro de esta oportunidad regeneradora y transformadora. Este nuevo contexto se caracteriza por la fuerza y el papel que juegan los sentimientos, las emociones, las relaciones, las comunidades y los valores. No se puede representar lo que no se entiende y, mucho menos, gobernar a la sociedad que no se comprende. ¿Y si fuera la política de la cotidianeidad una aproximación más transformadora que la ideológica?

La actitud que desprecia, que considera que el mundo emocional, en el fondo, es el submundo, un mundo menor y que, en todo caso, altera y distorsiona la política, se fundamenta en un prejuicio ignorante. El cerebro funciona de otra manera. El cerebro *acaba pensando* lo que sentimos. Las propias afinidades ideológicas de los ciudadanos tienen más que ver con el cerebro emocional que con la razón.

La política democrática puede quedar atrapada entre la pereza (resignación) y el cinismo tecnocrático de la concepción *There is no alternative* —TINA— (en español: No hay alternativa). Hemos dejado de pensar alternativas —también de *sentirlas*— y hemos olvidado que la única posibilidad real de conseguir una renovada comunicación política efectiva es la conexión emocional. Hasta que no se conecta, uno no se pone en la piel de las otras personas.

Las emociones nos permiten los sueños y, también, nos pueden deparar pesadillas. Estamos en un momento altamente voluble e incierto. Entender las emociones profundas, comprender los miedos, atender las sensibilidades; no hay otro camino si se quiere que la política democrática pueda canalizar los humores sociales en objetivos políticos. La política debe ser la emoción de la esperanza necesaria y urgente. _

Antoni Gutiérrez-Rubí



Experto en comunicación política

QUEDA
MUCHO CAMINO
POR RECORRER
Y NO VAMOS
A PARAR HASTA
CONSEGUIRLO

Entra en cocacola.es/sostenibilidad
HAGÁMOSLO JUNTOS

Coca-Cola



GRUPO RED
ELÉCTRICA

Hacia una sociedad descarbonizada